



Operación Embajada

Comedia en tres actos

Joaquín Calvo-Sotelo

Esta comedia se estrenó en Madrid para la inauguración del Teatro Marquina, la noche del 20 de diciembre de 1962.

PERSONAJES

MERCEDES ARNAIZ.

ÁGUEDA BERNE.

SOFÍA AYALA.

PATRICIO ARNAIZ.

ÁNGEL ENRÍQUEZ.

ANTONIO ZALDÍVAR.

RODOLFO SAMBRUNO.

HERNÁN CARRILLO, *la Eminencia Gris*.

CLAUDIO.

Un mozo y un empleado que no hablan.

Acto I



Cuadro I

La acción transcurre en la sala de estar de un piso situado en uno de los barrios residenciales madrileños. Como se verá en el transcurso de la acción, el piso pertenece a nuestro ya viejo amigo ÁNGEL ENRÍQUEZ, del que nos es grato informarles que está a punto de ascender a Ministro Consejero. (El tiempo pasa para todos). Ese piso, que no es muy grande, pero que es muy bonito, lo han cedido a los protagonistas tanto de esta historia como de las que le precedieron, que ahora remata y con la que forma trilogía: «Una muchachita de Valladolid» y «Cartas credenciales»; de MERCEDES y PATRICIO ARNAIZ hablo, a los que dejamos en la Legación de un país hiperbóreo más o menos vago, hace algún tiempo, y a los que nos aproximamos en tal día como hoy, transcurridos dos años desde la fecha en que fueron trasladados a Madrid. PATRICIO y MERCEDES siguen tan encantadores como siempre. Es encantadora su conversación y encantadora su presencia física. Encantadora es, también, su ausencia de graves problemas. Ninguno de gran monta o de trascendencia nos plantearán a lo largo de la comedia, y eso hemos de agradecerles. En realidad, el único que les preocupa es el de ser lo que no son todavía: Embajadores. Veremos si lo consiguen. La sala en cuestión tiene dos puertas, la una frente a la otra, en primer término, y otra al foro, con juego también, a ambos lados. Los muebles son de un gusto excelente, cómodos, y, por lo tanto, no de estilo español, lo cual nos apenas mucho decirlo. Hay un bufetillo y sobre él un cuadro que, en el segundo acto, se sustituirá con otro del que más tarde hablaremos. A la izquierda, una radiogramola. Sillones, el sofá inevitable. Todo simpático, alegre y «a lo soltero». ¡Ah!, teléfono, claro. ¿Cómo no? (Los términos derecha e izquierda van referidos al espectador y no al actor).

MERCEDES.- (Sin descomponerse. Mira su relojito de pulsera.) Veinte segundos. Van transcurridos, exactamente, veinte segundos.

PATRICIO.- ¿Desde cuándo?

MERCEDES.- Desde que te sentaste a leer el periódico. Yo me dije a mí misma: «A que no aguanta ni medio minuto». Y me han sobrado diez segundos.

PATRICIO.- ¿Soy tal vez para ti como el mono en la jaula, como el pez en el *aquarium*, como el centinela del Palacio de Buckingham, un espectáculo? ¿Deberé esperar que, de un momento a otro, me tires cacahuets o me hagas fotografías? ¿Qué es lo que quieres darme a entender? ¿Que estoy nervioso?

MERCEDES.- Pues, sí.

PATRICIO.- (Sarcástico.) ¡Qué dotes de observación, Mercedes! Mi mujer, a la que no se le escapa nada, nota, de pronto, que su marido se levanta, se sienta, va de un lado a otro y empieza a preguntarse: «¿Qué será lo que le sucede? ¿Tendrá el baile de San Vito? ¿Alguna erupción? ¿O es que nació así?» Hasta que se da una palmada en la frente y dice, descubriendo la pólvora: «Mi marido es que está nervioso».

(MERCEDES, herida y dignísima, se levanta e inicia el mutis por la izquierda.)

MERCEDES.- Búrlate del Ministro, si te divierte. De mí no te lo aguanto

PATRICIO.- **(La sujeta por el brazo.)** ¡Mercedes! **(Ordenancista.)**
¡A sentarse!

MERCEDES.- **(Obedece de mal talante.)** ¡Oh, el todopoderoso marido español! Cuando el marido abre la boca, la pobrecita esposa, temblando como una colegiala, ha de obedecerle sumisamente... Si vieses qué ridículo te pones con esos gritos.

PATRICIO.- Conforme. Pero te sientas, ¿no?

MERCEDES.- Sí, hombre, sí, sobre todo, que no sufra el principio de autoridad.

(PATRICIO vuelve a pasearse. MERCEDES se levanta de nuevo.)

Yo me siento, pero tú te estás quieto de una vez.

PATRICIO.- **(Tascando el freno.)** ¿Cómo es lo que nos leyeron en la Epístola de San Pablo?

MERCEDES.- Huy, querido... queda todo tan lejos.

(Vuelve a entregarse a la tarea del principio.)

PATRICIO.- Es algo así como que «el varón, por mantener la paz de su hogar, pierda una parte de su autoridad y de su derecho», ¿no?

MERCEDES.- Tal vez...

PATRICIO.- Atribuye a mi respeto a los textos sagrados que no llegue la sangre al río.

(Suena el teléfono. PATRICIO salta, materialmente, sobre él. Con visible anhelo.)

¿Quién es? **(Decepcionado.)** No, don Ángel Enríquez no está en casa. Vendrá pronto. Buenos días. **(Cuelga.)** ¡Maldita sea!... La una y media. Ya debería de haber noticias.

MERCEDES.- Calma, hijito, calma.

PATRICIO.- ¿Qué es lo que haces? ¿Se puede saber?

MERCEDES.- ¡Preparo los *christmas*!

PATRICIO.- ¿A veinticinco de octubre?

MERCEDES.- Sí. Estoy harta de que me ganen por la mano. Este año, te lo aseguro, no se me anticiparán. Voy a felicitar las Pascuas a todo el mundo el primero de diciembre.

PATRICIO.- Es asombroso que seas capaz de pensar en esas cortesías tan tontas mientras me estoy jugando... lo que me estoy jugando.

(Suena el timbre de la puerta. Pálido.)

El timbre, Mercedes.

(Y hace mutis, como alma que lleva el diablo, por el foro derecha. MERCEDES le ve marcharse con cierto aire condescendiente. Ajena a sus preocupaciones, prosigue el cotejo de los sobres y el directorio, rectificando de vez en vez, algunas señas mal puestas. Tras una pausa convencional, PATRICIO regresa.)

MERCEDES.- **(Con un puntito de ironía.)** ¿No era el Ministro...?

PATRICIO.- ¡Mercedes!

MERCEDES.- Siéntate, hombre, siéntate. Y lee el periódico, que lo que haya de suceder, sucederá igual.

PATRICIO.- **(La mira acometedoramente, pero dueño de sí, refrena su cólera.)** ¿A ti es que todo te sale por una friolera?

MERCEDES.- Ay, no, Patricio, nada de eso.

PATRICIO.- Ahora, dentro de diez minutos, de cinco, de cuatro, se decidirá si vamos o no de Embajadores a Turquía. El Ministro tiene ya la pluma en alto, a punto de escribir mi nombre, y tú, en lugar de estar como yo, sin respiración... **(Suena el teléfono que coge en el acto, fulminantemente.)** ¡¡Se equivoca, señora!!... Y a dos pasos de la apoplejía, vas ordenando tus cartitas, colocando a un lado las del extranjero y al otro las de España y disponiéndote a deslumbrar a nuestros amigos con tu diligencia. Sangre de horchata corre por tus venas, Mercedes.

MERCEDES.- No, hombre, no. Veo las cosas con filosofía, nada más. Tu nombramiento de Embajador, en Turquía o en donde sea, está ya maduro.

PATRICIO.- ¡Qué estoicismo!

MERCEDES.- Aquella época de estiaje de las Embajadas de hace algunos años se acabó ya. Cada semana se inventan cuatro o cinco países nuevos. Dentro de poco habrá más Embajadas que diplomáticos y tendréis que recurrir a las mecanógrafas.

PATRICIO.- Muy gracioso lo que estás diciendo.

MERCEDES.- ¿Es mentira? Cuando yo empecé el Bachillerato, con siete u ocho banderas que uno se aprendiese era bastante. Ahora... Me acuerdo del Congreso Internacional de Funiculares... Yo en mi vida he visto tantas banderas juntas. Parecía un muestrario de pañuelos. Cuando me encontraba con una bandera conocida, me sentía rejuvenecer, como cuando se tropieza uno con un amigo de confianza. Por eso te digo, Patricio, que uno u otro pañuelo ya te tocará a ti y que se trata solamente de esperar con paciencia.

PATRICIO.- Es que no es lo mismo un pañuelito que otro, rica. Que hay cada pañuelito por ahí que da miedo verlo. Y el de Turquía, en cambio, es una maravilla. Ankara, en invierno; Constantinopla, en verano; la antigua Bizancio. «Asia a un lado, al otro Europa, y allá en el fondo, Estambul». La libra a treinta el dólar. La Embajada acabadita de poner por Fermín Hoyales, que es un refinado para esas cosas, con tres habitaciones para invitados, cuatro baños y refrigeración. Y la posibilidad de llevarnos a Ángel Enríquez de Consejero.

MERCEDES.- Atrevido eres.

PATRICIO.- No seas desagradecida. Ángel nos alquiló su piso por una miseria y estamos viviendo en él desde hace dos años. Es el amigo más legal que tengo. Y merece mejores ausencias. E insisto en que lo de Turquía es importantísimo, porque el resto de las Embajadas están tomadas hasta nuevo aviso.

MERCEDES.- Bien, y al fin y al cabo, ¿por qué te preocupas tanto? ¿No te dijo Antonio Zaldívar que había muchas posibilidades de que te nombrasen?

PATRICIO.- Sí, eso sí.

MERCEDES.- ¿No está Antonio Zaldívar mejor informado que nadie, mejor aún que la Eminencia Gris, ese Hernán Carrillo del que tanto habláis?

PATRICIO.- Sí, sí...

MERCEDES.- Pues entonces... ¿Temes algún rival, especialmente?

PATRICIO.- Qué sé yo.

MERCEDES.- Lo de Honorio Sanfeliz está descartado.

PATRICIO.- Hasta ahí podían llegar las cosas. Hubo un tiempo en que para ascender convenía hablar con la erre, pero eso se acabó, a Dios gracias. Honorio Sanfeliz o se quita lo de la erre, que es cosa no se sabe bien si de snobismo o del frenillo, o se queda congelado en el escalafón para siempre.

(Suena el teléfono otra vez. MERCEDES está tan próxima a él, que PATRICIO no llega a tiempo de cogerlo.)

MERCEDES.- ¿Quién es? Ah, tía Úrsula, ¿cómo estás?

PATRICIO.- La tía Úrsula..., ¡lo que nos faltaba!

MERCEDES.- ¿Quieres saber el programa de la Orquesta Nacional? Espera, que andaba por aquí... **(Lo busca entre sus papeles.)** No le hacemos caso nunca y la pobre ha venido desde Valladolid más para estar con nosotros que con su nuera. **(Da con el programa y se lo lee.)** Mira, tía Úrsula... Hoy tocan la «Obertura de Oberón», de un tal Weber. «Noches Alicantinas», de López Mínguez, premio de la Comisaría de la Música. «Prometeo liberado», poema sinfónico de... **(Pronuncia con visible dificultad.)** Hercher Swachar von Kauluffen Massarckoch. **(Como si pasase de un camino vecinal a una autopista.)** Y la «Quinta Sinfonía», de Beethoven, primera audición.

PATRICIO.- Pero, ¿Cómo va a ser la primera audición de la «Quinta Sinfonía» de Beethoven si la tocan a diario, Mercedes?

MERCEDES.- Ah, sí, la primera audición es de «Prometeo liberado».

PATRICIO.- Y termina, porque pueden estar llamándome.

MERCEDES.- Oye, tía Úrsula... Sí, sí, te acompaño encantada. Perdóname. Te telefonaré dentro de diez minutos, que no sé qué me quiere Patricio. Adiós, tía Úrsula. **(Cuelga.)** Cuando te pones absorbente...

PATRICIO.- ¡Que absorbente ni qué demonios!... Y ese Antonio sin llegar... ¿Será capaz de no darse cuenta de que me tiene en ascuas? ¿Qué se podría hacer para dar con él? **(Piensa un segundo.)** Calla, tal vez lo

encuentre aquí.

(Marca un número y está oyendo la señal de llamada, cuando ZALDÍVAR, el tan suspirado ANTONIO ZALDÍVAR, entra por el foro. Es un hombre triste, sombrío, pero simpático y bondadoso. Habla con gran mesura, lentamente. A media voz. Representa unos cuarenta años.)

ANTONIO.- Hola.

PATRICIO.- **(Cuelga el teléfono. Casi sin respiración.)** ¿Qué?

ANTONIO.- Lo siento muchísimo.

PATRICIO.- ¿No voy a Turquía?

ANTONIO.- **(Tras una pausa breve pero dolorosa.)** No.

PATRICIO.- ¿Honorio Sanfeliz?

ANTONIO.- No, tampoco.

PATRICIO.- ¿Juanjo Villanueva?

ANTONIO.- No.

PATRICIO.- No me digas que Gonzalo Ocaña...

ANTONIO.- No, no. Ninguno de esos.

PATRICIO.- ¿Quién, entonces? Estoy preparado a todo.

ANTONIO.- José Luis Echeverri.

PATRICIO.- **(Sorprendidísimo.)** ¿Quién?

ANTONIO.- Ya me has oído: Echeverri.

PATRICIO.- Pero..., ¿quién es...? **(Recordándolo súbitamente.)**
¿Cómo? ¿El escritor?

ANTONIO.- El mismo.

PATRICIO.- De Bilbao, claro.

ANTONIO.- De Lequeitio.

PATRICIO.- **(Con creciente cólera.)** Reconocerás que el nombramiento se las trae, ¿no?

ANTONIO.- Sí, verdaderamente...

PATRICIO.- ¡Otro Embajador de cuchara! ¡Qué bonito! José Luis Echeverri... Autor de... Vamos a cuentas: ¿qué es lo que ha escrito José Luis Echeverri, que se sepa?

ANTONIO.- Hombre...

PATRICIO.- Nada, nada... Títulos al canto: ¿qué novelas, qué ensayos, qué libros de versos?

ANTONIO.- De versos, sí. «Crepúsculos», por ejemplo.

PATRICIO.- ¿Y eso crees tú que le coloca en condiciones especiales para representar a España en Turquía? «Crepúsculos»... ¿Le servirá de algo a la hora de preparar un informe sobre la importación de los agrios, por ejemplo; sobre la infiltración comunista, sobre el intercambio de turistas del Bósforo y de la Costa Brava? ¡Eh!, contéstame con la mano en el corazón. Y déjate de jugar el papel de funcionario fiel y discreto y ponte a mi lado. Di, Antonio, di. Porque, con ser quien es Honorio Sanfeliz, a pesar de las erres, si le hubiesen preferido, mira, mala suerte,

me habría dicho, al fin y al cabo, me lleva dos puestos en el escalafón. Pero que a ese inclusero, a ese polizón, a ese poeta chirle, a José Luis Echeverri, le envíen a Turquía quitando el pan a uno de la carrera, ah, eso no, querido, eso no. Y te juro que me va a oír el Ministro.

ANTONIO.- ¡Patricio!

PATRICIO.- Todavía no me conocen en la casa, querido Antonio, y yo le canto las cuarenta al más pintado y me quedo tan campante.

ANTONIO.- Bueno, bueno...

PATRICIO.- Dejarme con la miel en los labios; después de darme a entender que apenas se jubilase Núñez Arribas la Embajada era para mí; después de tenerme dos meses aprendiendo turco que sólo sirve, si me apuras, para ser embajador en Turquía. Ah; no, a mí no se me gastan esas bromas. Porque, si al menos hubiese otras Embajadas disponibles... Pero es que no hay ninguna. ¿Miento?

ANTONIO.- No, no...

PATRICIO.- Qué injusticia, Mercedes, qué injusticia.

MERCEDES.- Escucha...

PATRICIO.- ¡Que me den a mí ese bofetón! ¿De qué vale triunfar o fracasar? Aquí tienes mi hoja de servicios.

ANTONIO.- Si ya la conozco...

PATRICIO.- **(La saca de uno de los cajones.)** Ayer la hice, preparando la nota biográfica para la Prensa. ¿Seré imbécil? Tratados de doble nacionalidad firmados gracias a mí: dos. Tratados de reciprocidad cultural: cuatro. Convenios sobre intercambio de piritas con productos indígenas: seis. Intelectuales, *soit disant*, recibidos y agasajados en mis diferentes puestos: catorce. Productos españoles introducidos en otros países: esparto, trabajos artísticos de Eibar, material sanitario, uvas de Almería. Contrata para la construcción de ocho barcos bacaladeros en Bilbao. Mira, en Bilbao... Si me barrunto lo de Echeverri, los cambio de astillero, palabra. Y que a un funcionario de mi categoría se le trate así... No, Antonio, no. No es justo. Y conste que lo que me ha pasado no me duele tanto por mí como por el país.

ANTONIO.- Yo bien hubiese querido que saliese adelante tu candidatura.

PATRICIO.- Ya lo sé, hombre. No tienes que disculparte.

ANTONIO.- Y conste que no me gusta nada ser mensajero de noticias desagradables, pero ésta creí que tenía la obligación de dártela yo.

PATRICIO.- **(Le abraza.)** Y te lo agradezco.

ANTONIO.- Si en mi mano hubiese estado...

PATRICIO.- Alguna vez te veremos de Ministro. Y ese día...

ANTONIO.- Pobre de ti si has de esperar a que yo sea Ministro para ser Embajador. **(Transición.)** Y a mal tiempo, buena cara, hombre.

MERCEDES.- Naturalmente.

ANTONIO.- Óyeme, Ángel tiene la colección de la «Revista de Cancillerías». ¿Puedo tomar unas notas?

PATRICIO.- Qué cosas preguntas.

MERCEDES.- Ven conmigo, yo te acompaño.

(Y los dos hacen mutis por el foro izquierda. PATRICIO, solo, desahoga su furor dando puñetazos al primer mueble que tropieza.

Así se lo encuentra ÁNGEL, nuestro muy querido ÁNGEL ENRÍQUEZ.)

ÁNGEL.- ¿Qué te ha hecho el sofá, Patricio?

PATRICIO.- Tú lo ignoras todo, Ángel, y una de las cosas que ignoras es que...

ÁNGEL.- Cuidado, Patricio, sin mortificar. Y menos inútilmente. Sé que han pedido el placet para Echeverri en Ankara.

PATRICIO.- ¿Quién te lo ha dicho?

ÁNGEL.- ¿Con quién te crees que estás hablando? ¿Crees que soy aquel ingenuo doctrino de hace años? Te equivocas, Patricio, he madurado muchísimo y, hoy por hoy, no hay nadie en el Ministerio más al tanto de todo que yo.

PATRICIO.- ¿Y tú sabías lo de Echeverri?

ÁNGEL.- Me lo temía.

PATRICIO.- ¿Por qué no me avisaste?

ÁNGEL.- Porque no se hubiese evitado nada. Pero te traigo una noticia sensacional. La Embajada de Chile a la vista.

PATRICIO.- ¿Estás loco? Y con Torrediéguez, ¿qué haces? ¿Lo echas al mar?

ÁNGEL.- Se ha muerto Torrediéguez.

PATRICIO.- No digas... ¿Torrediéguez?

ÁNGEL.- El mismo.

PATRICIO.- Pero, ¿cuándo?

ÁNGEL.- En la radio del coche lo he oído.

PATRICIO.- **(Le abraza. Con un tono semiclandestino.)** ¡Ángel de mi alma!... ¡Qué noticia!

ÁNGEL.- Por cierto, ¿qué edad tenía Torrediéguez?

PATRICIO.- Sesenta y seis, sesenta y siete años... Ahí tienes el escalafón.

(Le da un escalafón a ÁNGEL, que lo examina.)

ÁNGEL.- Justo. Pedro Pérez de Diéguez, conde de Torrediéguez. 10 de julio de 1896.

PATRICIO.- Queda vacante Santiago.

ÁNGEL.- Sí, señor.

PATRICIO.- El paraíso terrenal.

ÁNGEL.- Ya, ya.

PATRICIO.- Santiago es enloquecedor. Yo pasé un mes allí hace algún tiempo. ¡Qué temperatura! ¡Y qué chilenas! ¡Y qué Embajada! Una residencia magnífica. Cuatro baños y un recibo sensacional.

MERCEDES.- **(Por la izquierda.)** Hola, Ángel.

ÁNGEL.- Buenos días, Mercedes. No te vi esta mañana.

MERCEDES.- ¿Qué os sucede?

MERCEDES.- ¿Por qué?

PATRICIO.- Torrediéguez se ha muerto.

MERCEDES.- ¡Pooobre!

PATRICIO.- Imagínate, qué escopetazo.

MERCEDES.- Con lo amable que estuvo con nosotros cuando le conocimos en Buenos Aires, ¿te acuerdas?

PATRICIO.- ¿Cómo voy a olvidarlo? Tengo un disgusto enorme... La verdad es que era encantador.

MERCEDES.- Y joven aún...

PATRICIO.- **(Ponderando su juventud.)** Si le quedaban cuatro años para jubilarse...

MERCEDES.- ¿Y de qué ha sido?

ÁNGEL.- Pues... no se sabe. La radio ha estado muy lacónica.

MERCEDES.- Me da mucha pena.

PATRICIO.- La vida es así, Mercedes. No se puede uno encariñar con las personas. Por cierto, Antonio no debe saberlo. Hay que decírselo.

ÁNGEL.- ¿Está dentro?

MERCEDES.- Sí, en tu despacho.

ÁNGEL.- Yo voy.

(Y hace mutis por la izquierda.)

PATRICIO.- **(Al teléfono.)** Oiga... ¿Teleben? Aquí el 2-23-65-57. Nombre del abonado: Ángel Enríquez. Un cable a Santiago de Chile. Sí, sí, espero...

MERCEDES.- Pobre Paquita.

PATRICIO.- ¿Y quién es Paquita?

MERCEDES.- Su hija mayor, hombre.

PATRICIO.- Ah, sí, menuda broma: perder un padre. **(Transición.)** Sí, sí. «Embajada de España, Condesa Torrediéguez. Santiago de Chile. Condolidísimos tristísima noticia,

(Por el foro ÁNGEL y ANTONIO.)

enviamos toda esa familia nuestro más sentido pésame. Patricio. Mercedes Arnaiz». Ah. ¿Si es telegrama-carta caben aún siete palabras por el mismo precio? Pues... meta usted «irreparable pérdida». Eso es. ¿Aún quedan? Bueno... «Deseamos resignación cristiana soportar tan dolorosa pérdida». Ah, claro, claro..., me he pasado. Ponga, entonces, «Deseamos resignación», nada más. Ya se supondrán para qué. En ese caso, ¿tengo derecho a otra palabra todavía? Se la regalo a la Mutualidad de Telégrafos, señorita. **(Y cuelga. A ANTONIO.)** ¿Te dijo Ángel?

ANTONIO.- Sí, sí... **(Transición.)** Era un pelmazo... Dios le haya perdonado.

MERCEDES.- **(Recriminadora.)** Antonio...

PATRICIO.- Tiene razón Antonio: un pelmazo de tomo y lomo, Dios le haya perdonado.

ANTONIO.- Dándoselas de gracioso siempre... Y que Dios le haya perdonado, pero era un patoso de un calibre...

ÁNGEL.- Yo no le hablé nunca, pero fama de pelmazo, sí la tenía, Dios le haya perdonado.

(ANTONIO inicia mutis foro derecha.)

ANTONIO.- Bueno, queridos...

MERCEDES.- ¿Te vas?

ANTONIO.- Sí, os dejo.

MERCEDES.- ¿Por qué no almuerzas con nosotros?

ANTONIO.- No, no, gracias, Mercedes. Ahora, ojo; esa vacante te abre muchos horizontes. Mañana hablaremos.

PATRICIO.- Como gustes.

(Hace mutis con ANTONIO por foro derecha.)

ÁNGEL.- Antes de un mes estáis en Chile.

MERCEDES.- ¡Bah, bah...!

ÁNGEL.- Hay que lanzarse al ataque con ingenio, con mano izquierda. Hay que ponerle cerco al Ministro.

PATRICIO.- No le conozco.

ÁNGEL.- Pues hay que poner cerco a los que lo conozcan..., y especialmente a Hernán Carrillo, la Eminencia Gris del Ministerio. No hay que dejar ningún peón sin juego. Fe y coraje.

PATRICIO.- Sí, Ángel, ése debe ser nuestro lema.

ÁNGEL.- Estoy seguro de que a estas horas ya se han recibido en Asuntos Exteriores cuatro o cinco recomendaciones. Son los eternos ambiciosos, los que no pierden ripio.

PATRICIO.- **(Declamatorio.)** «Que a Echeverri tienen por capitán».

ÁNGEL.- Hay que ganarles la delantera.

PATRICIO.- Esta vez no me birlarán Chile como me birlaron Turquía.

ÁNGEL.- Se inicia la campaña.

PATRICIO.- Cuento contigo, Ángel.

ÁNGEL.- No te fallaré. Soy otro, te lo aseguro.

(Suena el teléfono, que descuelga ÁNGEL.)

¿Quién es? Sí. ¿De parte de quien? Espere un momento. **(Tapa el auricular.)** De parte de la Campsa.

(PATRICIO mira por la lateral del mutis de MERCEDES para cerciorarse de que no le oye.)

PATRICIO.- **(Al teléfono.)** Oye, guapa, no me metas en líos, que me he hecho un hombre formal, y tengo asuntos graves de qué ocuparme.

(Y cuelga. ÁNGEL le da la mano felicitándole por su actitud.)

OSCURO

△▽

Cuadro II

La misma escena. Han pasado unos días. MERCEDES, PATRICIO, ÁNGEL y CLAUDIO, el criado. Luz del día.

PATRICIO.- **(Tiene una tarjeta en la mano.)** «Rodolfo Sambruno, ambientador». ¿Qué demonios será eso?

CLAUDIO.- Dice que necesita hablarle urgentemente.

ÁNGEL.- Recíbelo, hombre, así sales de dudas.

PATRICIO.- Que pase.

(Mutis de CLAUDIO por el foro.)

ÁNGEL.- Te deajo.

PATRICIO.- ¿Por qué? Quédate, a ver de qué se trata.

MERCEDES.- Ahora vuelvo.

(Y hace mutis por la izquierda. RODOLFO SAMBRUNO aparece por el foro derecha. Es un hombre que viste deportivamente. Tiene el dinamismo de un buen agente de seguros o de un corredor de fincas.)

RODOLFO.- ¿El Embajador Arnaiz?

PATRICIO.- **(Sombrío.)** Ministro, nada más.

RODOLFO.- Llamándole Embajador anticipo muy poco los acontecimientos.

PATRICIO.- **(Le mira muy sorprendido.)** Me deja sorprendido.

RODOLFO.- Ya le explicaré.

(En este instante MERCEDES regresa por la izquierda.)

¿Tengo el honor de hablar a la señora Embajadora?

MERCEDES.- ¿Cómo?

PATRICIO.- No te extrañe, Mercedes, parece que es cosa hecha.

RODOLFO.- Así lo espero.

PATRICIO.- Mi compañero don Ángel Enríquez.

RODOLFO.- Señor Enríquez...

PATRICIO.- Y siéntese, haga el favor.

RODOLFO.- Con mucho gusto. **(Transición.)** Supongo que habrá leído usted mi tarjeta.

PATRICIO.- Sí, y la verdad, no crea que la entiendo muy bien.

RODOLFO.- Si yo le dijese que mi profesión se asemeja a la de un decorador o a la de un escenógrafo, se haría usted una idea bastante aproximada de mi oficio, aunque por bajo de lo que en realidad es.

PATRICIO.- ¿Trabaja usted en el teatro... o en el cine?

RODOLFO.- No, no. En la vida real. El mundo de la ficción no va conmigo. Yo formo ambientes verdaderos.

PATRICIO.- Pero ambientes, ¿para qué? ¿Con qué finalidad?

RODOLFO.- Con la de crear un estado de espíritu colectivo que provoque o acoja ciertos nombramientos, con la simpatía y el calor que se merecen.

PATRICIO.- A ver... a ver..., explíquese.

RODOLFO.- ¿Le gustaría ir de Embajador a Chile?

MERCEDES.- **(Sin poder contenerse.)** Sí.

PATRICIO.- **(Reprochador.)** ¡Mercedes!

MERCEDES.- Ay, sí, Patricio, sí. ¿A qué andar con rodeos? ¿Es que tenemos que avergonzarnos de que nos guste? ¿Es que no somos de una carrera en la que lo normal es ser Embajador? Pues, entonces...

PATRICIO.- Le ruego a usted que disculpe a mi mujer. Es muy impulsiva...

RODOLFO.- Permítame la libertad de decirle que no está usted haciendo nada para conseguirlo.

PATRICIO.- ¡Señor Sambruno!

RODOLFO.- Sin enfadarse, señor Embajador. Su nombre, a estas alturas, debería andar en todas las bocas, circular de un lado a otro, ser del dominio público. Y no sólo no es así, sino que de quien se habla, como candidato posible, es de don Gonzalo Ocaña.

PATRICIO.- **(Salta sobre el ambientador hecho una furia y le coge por las solapas.)** ¡Repita ese nombre, si se atreve!

MERCEDES.- ¡Patricio!

PATRICIO.- ¡Repítalo!

RODOLFO.- **(Atemorizado pero dignísimo.)** Yo no soy quien lo ha inventado, como ya comprenderá. Y mejor sería que en lugar de ponerse de esa manera, tratase de evitarse un disgusto.

MERCEDES.- Déjale, Patricio, que se explique de una vez.

ÁNGEL.- ¿Qué cree usted que se puede hacer?

RODOLFO.- Yo le ofrezco mi técnica, fruto de muchos años de éxitos, apoyada en una organización sin rival.

PATRICIO.- Menos vaguedades, amigo.

RODOLFO.- Antes de nada -esto con la mayor reserva- le enseñaré algunos de mis clientes. **(Abre un álbum apaisado con fotografías.)** Quizá ciertos rostros le serán conocidos.

PATRICIO.- ¿Este no es Frutos Villaamil?

RODOLFO.- Justo.

PATRICIO.- Que está ahora de Gobernador en...

RODOLFO.- Exacto: en Ciudad Real. Yo fui su padrino.

PATRICIO.- ¿Su padrino?

RODOLFO.- Quiero decirle que es a mí a quien debe su nombramiento. Vamos, yo no lo firmé, naturalmente, pero contribuí a que se firmase.

MERCEDES.- ¿Cómo?

RODOLFO.- ¿Olvidan mi título? Formé un ambiente tal a su favor, que el nombramiento se hizo inevitable. Igual podría suceder con la Embajada de Chile.

PATRICIO.- ¿De qué manera?

RODOLFO.- Si nos ponemos de acuerdo, a partir de mañana, cien personas de muy distinta condición social, situadas en puestos estratégicos, empezarán a difundir entre sus amigos la noticia de que usted va de Embajador a Chile. El rumor irá extendiéndose poco a poco y llegará a los despachos decisivos, creando un ambiente tal que, el no nombrarle pueda parecer un desafío a la opinión pública. Por ese procedimiento, vea usted... **(Le enseña el álbum.)** Yo llevo ya conseguidos ocho Gerentes de Empresas, catorce Regidores, siete Presidentes de Diputación, un Subsecretario y dos Premios Planeta.

ÁNGEL.- ¿Ministros no?

RODOLFO.- No. Mi influencia, aunque grandes se contiene dentro de ciertos límites.

ÁNGEL.- Ya.

RODOLFO.- De todas maneras, su colaboración me es necesaria.

MERCEDES.- Disponga de nosotros.

PATRICIO.- ¡¡Mercedes!!

RODOLFO.- Todos estos días ha de hablarse de usted en los periódicos. El martes se celebra un banquete en honor de don Juan Hermida, con motivo de sus bodas de plata con el Banco Municipal, y el jueves otro al conde de Fregena, que ha ganado el Campeonato Ibérico de Palabras Cruzadas.

PATRICIO.- No conozco a ninguno de los dos.

MERCEDES.- ¿Es que cree usted que debe de asistir?

RODOLFO.- No le serviría de nada, porque a los asistentes no se les cita nunca. Debe adherirse, porque las adhesiones se leen siempre y los nombres de los adheridos los publica la Prensa. ¿Alguna bodita de que sea usted testigo no se celebrará en estas fechas?

PATRICIO.- Creo que no.

RODOLFO.- Lástima. El ser testigo de bodas da una categoría social muy estimable. Ser diez veces testigo de boda al año, vale por un título pontificio.

PATRICIO.- He sido testigo, en otras ocasiones, pero ahora parece que...

RODOLFO.- Bueno, no es imprescindible. Trataremos de

compensarlo.

PATRICIO.- **(Algo amoscado, lo cual no es de sorprender.)**
¿Cómo, cómo?

RODOLFO.- Yo lo único que trato es de que usted cuente, de que su presencia sea notada. Una vez nombrado Embajador, mi consejo sería, justo, el contrario, que le olviden. Nada de exhibirse ni con el Presidente de la República ni con la colonia gallega. Pero ahora es muy distinto. Usted, por ejemplo, debe dar alguna conferencia sobre temas chilenos.

PATRICIO.- Huy, señor Sambruno. Eso es muy pesado. Ponerse ahora a preparar una conferencia...

RODOLFO.- Yo se la traigo hecha. **(Saca de la cartera unos papeles.)**

PATRICIO.- **(Lee el título.)** «Leyendas y Tradiciones de los Andes».

RODOLFO.- Es muy interesante. Le gustará.

PATRICIO.- ¿Y quién la ha escrito?

RODOLFO.- Yo mismo.

PATRICIO.- ¿Expresamente para mí?

RODOLFO.- No le ocultaré lo que ha sucedido. La hice con destino al marqués de Amarfe, cuando ambientaba su candidatura de Académico de la Historia.

ÁNGEL.- ¿También trabaja para las Academias?

RODOLFO.- Si yo le contase...

PATRICIO.- ¿Y qué sucedió con su patrocinado?

RODOLFO.- Murió pocas semanas antes de la votación. Si no, le hubieran elegido. Esa conferencia no puede fallar.

PATRICIO.- Entonces lo que usted me trae es un refrito. Esa conferencia fue pronunciada ya.

RODOLFO.- Pero, ¿usted qué pretende, un estreno? Señor Embajador: de eso no hay, o hay muy poco. Don Juan Cobo y Muro, para muchos ministrable, lleva desde 1958 haciendo la vuelta a España con una sola conferencia a la que ha dado casi cien representaciones. Sólo se toma la precaución de cambiarle el título. Esta de los Andes, nunca se ha llamado así. Cuando la usó el marqués de Amarfe se titulaba «De punta a punta». No se decía de dónde, para darle un poco de misterio. Y aún es susceptible de otros títulos más: «Entre el cielo y la tierra», «La América precolombina», «Cuando Valdivia no existía aún», etc., etc., etc. Si el de «Leyendas y Tradiciones de los Andes» no le gusta, podemos buscarle otro, pero no se lo aconsejo.

PATRICIO.- ¿Y nadie reconocería la que dio Amarfe?

RODOLFO.- Han pasado varios años desde entonces. Esta conferencia sólo se la puso él, y usted se la pondría ahora, si quisiese. Prácticamente, está inédita. Dicho sea de paso, al marqués de Amarfe no se le entendió ni una sola palabra de cuanto dijo. ¿Qué? ¿Se la reservo? Yo podría, inclusive, asegurarle un número mínimo de espectadores con arreglo a contrato.

PATRICIO.- Ah, firmaríamos un contrato.

RODOLFO.- Por la debida formalidad. Mis proposiciones son muy razonables. Yo sólo cobro, en caso de triunfo, el diez por ciento de los sueldos del primer año.

PATRICIO.- Muy bien, señor Sambruno.

RODOLFO.- Sin que esto sea coaccionarle; conviene que se decida pronto. Si me buscasen de la competencia, me sería muy difícil negarme profesionalmente.

PATRICIO.- Claro, claro.

RODOLFO.- Me permitiré preguntarle cuál es su contestación, pasado mañana.

PATRICIO.- **(Como dándole a entender que ya ha decidido responderle negativamente.)** No, si en realidad yo...

RODOLFO.- Mediten cuanto les he dicho. Y el viernes hablaremos. **(Ceremonioso.)** Señora Embajadora, señor Embajador, señor Enríquez... A sus órdenes.

(Y hace mutis, sin más, por el foro derecho hasta el que, convencionalmente, le acompaña PATRICIO. Apenas ha hecho mutis, MERCEDES, ÁNGEL y PATRICIO se miran con asombro, a dos pasos de la risa.)

PATRICIO.- ¡Qué tipo! ¿Habéis visto qué tipo?

MERCEDES.- **(En el fondo, animada a utilizarlo.)** Sí...

PATRICIO.- Pero, ¿viene en serio o en broma?

ÁNGEL.- Calma, Patricio, porque no ha dicho ningún disparate.

PATRICIO.- ¿Cómo?

ÁNGEL.- Entiéndeme. Es evidente que no vas a contratarle. Pero algunas de sus ideas hay que tenerlas en cuentas. Tú debías dar una conferencia.

PATRICIO.- Bueno, bueno...

ÁNGEL.- Que sí hombre.

PATRICIO.- ¿Te parece que le alquile la de los Andes?

ÁNGEL.- No. Pero sí que te prepares una empollación sobre un tema hispanoamericano cualquiera y que lo sueltes en la primera oportunidad.

PATRICIO.- Ángel, no seas niño.

ÁNGEL.- Que eso es mucho más importante de lo que te piensas. Patricio, que en el Ministerio se cotizan esas cosas y que a ti te conviene hacer buen papel.

PATRICIO.- Pero, ¿tú te imaginas que yo no he dado una conferencia en mi vida? Acuérdate de la del Casino Español, de Medellín.

ÁNGEL.- Es verdad. ¿Cuál era el título?

PATRICIO.- **(Al tiempo que lo repite parece reflexionar sobre la conveniencia de pronunciarla de nuevo.)** «Pasado, presente y futuro de la Hispanidad».

ÁNGEL.- ¡Si viene como anillo al dedo para tu campaña...!

MERCEDES.- Ángel tiene razón.

PATRICIO.- ¿Creéis...?

ÁNGEL.- Se trata de que le des un segundo golpe en cualquier local de Madrid. Puede ser decisivo. La conservas, ¿supongo?

PATRICIO.- Cinco artículos, por lo menos, he sacado de ella para los 12 de octubre.

MERCEDES.- ¿Dónde anda? ¿Te la busco?

PATRICIO.- Tranquilidad, Mercedes. Que iba bien para el público de Medellín, que era de dulce; pero el de aquí tiene el colmillo muy retorcido.

ÁNGEL.- Pues retócala. Añádele algunas citas de Ortega. O aún mejor de Kierkegaard. Metes dos alusiones a Kierkegaard y te haces el amo.

PATRICIO.- Que se me va a notar por qué la doy y me expongo al ridículo si después me quedo sin Embajada.

ÁNGEL.- Te conviene. Impresionará mucho a la Eminencia Gris. ¿Cuándo me he equivocado yo?

PATRICIO.- Evítame recuerdos penosos.

ÁNGEL.- El historial de mi primera época es muy poco brillante, pero el de la segunda, no hay quien me lo mejore.

MERCEDES.- No seas tan terco. Ya ves que somos dos, que te queremos bien, a pensar lo mismo.

ÁNGEL.- Cámbiale el título, si te apetece.

PATRICIO.- En cuanto a eso, mil podría darle. «España fecunda», «América y sus hijas», «Veinte pueblos y su madre»...

ÁNGEL.- El que tuvo. ¿Para qué buscar otro?

PATRICIO.- «Pasado, presente y futuro de la Hispanidad».

ÁNGEL.- Soberbio.

PATRICIO.- **(Resuelto.)** Bien. Voy a haceros caso. Daré la conferencia.

MERCEDES.- **(Aplaude.)** ¡Bravo, bravo! **(Le besa.)**

PATRICIO.- Ojalá que no me arrepienta.

ÁNGEL.- Yo te aseguro que no.

PATRICIO.- **(Le mira escrutadoramente a los ojos.)** Con esa garantía...

(Se hace el OSCURO.)

△▽

Cuadro III

Al volver la luz, MERCEDES viste un jersey o chaquetilla sobre el traje que llevaba en el cuadro anterior. ÁNGEL se pasea preocupado y nervioso de derecha a izquierda. Hay unos segundos de silencio.

CLAUDIO.- Pregunta si se quedan con alguna fotografía, como

recuerdo.

MERCEDES.- **(Le devuelve unas fotografías.)** Dígale que no, que muchas gracias.

(CLAUDIO las recoge y hace mutis por el foro derecho.)

Como recuerdo... Lo mejor es olvidarlo cuanto antes.

ÁNGEL.- Mala suerte.

MERCEDES.- ¿De quién fue la idea de las proyecciones?

ÁNGEL.- De Patricio. Yo no tuve en eso arte ni parte. En Medellín no las utilizó.

MERCEDES.- Pues también es gracioso que se le ocurriese utilizarlas en Madrid.

ÁNGEL.- Tampoco las diapositivas son bombas de mano.

MERCEDES.- Pero vaciaron el local y tú lo sabes...

(Se contiene difícilmente para no sollozar.)

ÁNGEL.- Bueno, mujer, no hay que afligirse.

MERCEDES.- Si es que fue espantoso. Con la primera diapositiva se escaparon veinte personas y con la segunda..., ¿de qué era la segunda?

ÁNGEL.- De la carta geográfica de Juan de la Cosa.

MERCEDES.- Pues con la segunda, treinta... Y como sólo había sesenta, nos quedamos diez. Y de ellas, dos dormidas como troncos.

ÁNGEL.- Serénate, Mercedes.

MERCEDES.- Lo que me da más rabia es tomarme tan a pecho las cosas de Patricio.

ÁNGEL.- ¡Caramba! ¿Y por qué?

MERCEDES.- Anda otra vez con trapicheos. ¿Sabes el truco que utilizan para llamarle por teléfono? «De parte de la Campsa». ¿No se le caerá, a quien sea, la cara de vergüenza?

ÁNGEL.- Las mujeres le asedian y él no va a despedirlas con malos modos.

MERCEDES.- Conque no fuese quien las buscase, me bastaría.

ÁNGEL.- Supongo que, dado su estado de espíritu, no le harás ningún reproche.

MERCEDES.- Tranquízate.

ÁNGEL.- Cuidado.

(Le advierte de la llegada de PATRICIO, que entra por la izquierda. Silencio embarazoso.)

PATRICIO.- Hablabais de mi conferencia, claro.

ÁNGEL.- No.

MERCEDES.- ¿Por qué íbamos a hablar de tu conferencia?

PATRICIO.- De los pocos que fueron, de los dos que se durmieron, uno, el Presidente, lo cual ya es el colmo, y otro en primera fila: un cuñado de Gonzalo Ocaña, que fue allí deliberadamente a bostezar para

que lo viesen.

ÁNGEL.- Bah... Nadie se fijó en él.

PATRICIO.- Vivimos en un país al que todo le importa un bledo. Te confieso que yo creí que el enunciado del tema bastaría para llevar multitudes. «Pasado, presente, y futuro de la Hispanidad». ¡A ver quién da más! Si hubiese un mínimo de preocupación patriótica... Pero resulta que en una población de dos millones de habitantes, sólo setenta ciudadanos salieron de sus casas para enterarse de cómo se cocía eso de la Hispanidad. ¿No es entristecedor?

ÁNGEL.- La mala suerte de coincidir con Andrés Segovia...

PATRICIO.- ¿Y por qué ha de hacerme a mí la competencia Andrés Segovia?

MERCEDES.- La gente aficionada a la música suele ser la misma que va a las conferencias.

PATRICIO.- Que no va, querrás decir... **(Transición.)** Lo que sucede es que he hecho el ridículo, que fue tía Úrsula, que la pobre aplaudía siempre a destiempo, y unos cuantos despistados que apenas se apagaron las luces huyeron por escotillón o roncaron, y que yo, por si tantas desgracias fueran pocas, me trabuqué, hablé del «pisado» de la Hispanidad, en lugar del pasado, de Juan de la Casa en vez de Juan de la Cosa, y no terminé con palmas de tango porque Dios se compadeció de mí. **(Transición. Furioso.)** Pero seguramente los compañeros, no. Y prefiero ignorar lo que habrán sido hoy los pasillos y los despachos del Ministerio.

(ANTONIO entra por la derecha.)

ANTONIO.- Hola.

PATRICIO.- Cuéntamelo tú, Antonio. ¿Qué comentarios se han hecho de mi conferencia de ayer?

ANTONIO.- *Comme ci, comme ça.*

(Pronúnciese «comsí, comsá».)

PATRICIO.- Por ejemplo: ¿qué ha dicho Avendaño?

ANTONIO.- Si vas a preocuparte de Avendaño...

PATRICIO.- ¿Y Jesús Albert?

ANTONIO.- A ése, con no saludarle...

PATRICIO.- Ah, ¿a ése debo retirarle el saludo?

ANTONIO.- Siempre hay alguien que no nos quiere bien.

PATRICIO.- ¿Qué habrá dicho, para que tú me hables así? ¿Y a esto llamas tú «*comme ci, comme ça*»?

ANTONIO.- Lo que tiene importancia es lo que ha dicho la Eminencia Gris.

MERCEDES.- En eso lleva razón Antonio.

PATRICIO.- ¿Qué ha dicho la Eminencia Gris?

ANTONIO.- El propende al laconismo. Es hombre riguroso en sus juicios y de pocas palabras.

PATRICIO.- Bueno, ¿qué ha dicho de mí?

ANTONIO.- «No sabía yo que Arnaiz fuese conferenciante».

PATRICIO.- ¿Sólo eso?

ANTONIO.- Sólo eso.

PATRICIO.- No es que sea mucho.

ANTONIO.- En efecto, pero sí bien intencionado.

PATRICIO.- ¿Y qué más?

ANTONIO.- Ah, lo demás es una catástrofe.

PATRICIO.- ¿Cómo?

ANTONIO.- Se ha pedido el placet a Chile para Gonzalo Ocaña.

(Consternación general. Penoso silencio.)

PATRICIO.- ¿Y a qué esperabas para darnos la noticia?

ANTONIO.- Es mi sino, por desgracia, contarte los nombramientos de nuevos Embajadores.

PATRICIO.- No te preocupes, Antonio. **(Transición.)** Conque Gonzalito se salió con la suya...

ANTONIO.- Así es.

PATRICIO.- ¿Tú sabes que es tartaja?

ANTONIO.- Yo le trato muy poco.

PATRICIO.- A ése se le irán dos horas en la presentación de Cartas Credenciales.

ANTONIO.- Fama de orador no tiene.

PATRICIO.- ¿Y por qué se le nombra Embajador?

ANTONIO.- ¿Qué quieres...?

PATRICIO.- Ah, no, es lamentable, palabra. Siente uno ganas de pedir la excedencia y dedicarse al comercio.

ANTONIO.- Te he dado la mala noticia, primero, y me he reservado la buena para el final. Rodríguez Higuera viene de Director de Política Económica al Ministerio y deja la Embajada de Perú.

PATRICIO.- ¿Seguro?

ANTONIO.- Seguro.

ÁNGEL.- ¡Lima, Patricio...!

PATRICIO.- ¿Qué pasa con Lima?

ÁNGEL.- Que es una ciudad adorable.

PATRICIO.- **(Neurasténico.)** Me coge muy cansado, Ángel.

MERCEDES.- Ah, no, tampoco hay motivos para que te pongas así, como si se acabase el mundo.

PATRICIO.- Si es igual, Mercedes. Si se sacarán de la manga a otro insolvente y me dejarán plantado.

ÁNGEL.- No, Patricio, no. Hay que disponerse al asalto de la Embajada como a una operación militar y en la guerra, sin estrategia, se pierden todas las batallas.

PATRICIO.- ¡Bah... tonterías!

ÁNGEL.- Yo no sé si Antonio pensará como yo. Primer objetivo: la

Eminencia Gris.

ANTONIO.- Estoy completamente de acuerdo.

ÁNGEL.- A la Eminencia Gris hay que cerrarla, qué atacarla por los flancos débiles, hay que conquistarla, en suma. ¿De que forma? Concertemos el plan.

ANTONIO.- ¿No sois amigos?

PATRICIO.- Hombre, sí.

ANTONIO.- ¿Por qué no ofreces una comida en su honor?

ÁNGEL.- Eso, una comida trucada.

PATRICIO.- ¿Qué es eso de trucada? ¿Con platos falsos?

MERCEDES.- Ay no, hijo, con platos de verdad y lo mejor que sepa.

ÁNGEL.- Una comida en la que, hábilmente, te demos a ti todas las ocasiones de lucimiento, en la que demuestres tu erudición, tu cultura y en la que desvanezcas en su ánimo el juicio equivocado que pueda tener de ti. Una comida de la que salga diciendo: «Yo no pensaba que supiese tantas cosas». La conferencia ya le ha abierto los ojos. La comida, puede abrírselos más aún.

PATRICIO.- ¿Y todo para qué?

ÁNGEL.- Para que te nombren Embajador, porque tú has nacido para serlo y si no lo eres te va a entrar una pasión de ánimo que acortará tus días.

PATRICIO.- **(Con vehemencia.)** Sí, yo he nacido para serlo, pero tal vez no lo seré nunca. Por de pronto, mientras Gonzalito Ocaña se va a Chile, yo me quedo como las niñas de provincias a las que se les muere el novio y tienen que echarse a buscar otro partiendo de cero.

ÁNGEL.- ¿Y Perú? ¿Es que no te tienta Perú?

ANTONIO.- Ángel tiene razón, Patricio.

MERCEDES.- Claro que la tiene.

PATRICIO.- **(Resuelto.)** ¡Sea! **(Con ademán napoleónico.)** ¡Iniciemos la Operación Perú!

TELÓN

Acto II

△▽

Cuadro I

Es la noche -noche solemne- de la comida en honor de HERNÁN CARRILLO, la Eminencia Gris del Ministerio. En escena, PATRICIO y ÁNGEL, de *smoking*. Frente a los espectadores, un cuadro que

representa a un caballero uniformado convencionalmente a la manera del siglo XVIII reemplaza al que había allí en el acto anterior.

ÁNGEL.- Nos convendría ensayar un poco antes de que llegue la Eminencia Gris.

PATRICIO.- **(Saca unas cuartillas del bolsillo, al igual que ÁNGEL, a las que echará de vez en cuando una ojeada.)** Démosle, si quieres, un último repasito.

(CLAUDIO, de frac y corbata negra, cruza del foro a la izquierda.)

ÁNGEL.- Claudio, ¿le trajeron por fin las ostras?

CLAUDIO.- Sí, señor. Hace más de media hora.

(Mutis por la izquierda.)

PATRICIO.- ¿Qué es eso de las ostras?

ÁNGEL.- Las he mandado traer de París expresamente. La Eminencia Gris es un buen catador y a ti no creo que te amarguen.

PATRICIO.- ¡Magnífico!

ÁNGEL.- A lo nuestro. Yo hablo primero de la boda de Florencia Vigil, para dar pie a que tú recites los versos de Víctor Hugo. Segundo: alusiones a la paz de Utrecht, para que tú demuestres que dominas el tema.

PATRICIO.- De acuerdo. Ah, y cuando convenga se cae el cuadro. **(Señala el cuadro.)** A propósito, ¿lo preparaste bien?

ÁNGEL.- Mira.

(Va hacia el cuadro y, soltando el cordón que lo sujeta, lo deja caer sobre la consola, de donde lo recoge y, ayudado por PATRICIO, lo vuelve a poner como estaba. El cuadro deberá ser lo necesariamente pesado como para que promueva, al caerse, un gran estrépito.

Quizás convenga aumentar éste desde dentro.)

PATRICIO.- Perfecto.

ÁNGEL.- Lo del cuadro es ingenioso, ¿no te parece? Es una manera indirecta de recordarle que uno de tus antepasados fue Virrey del Perú y que un descendiente de un Virrey gustaría en Lima. ¿Verdad?

PATRICIO.- Claro que sí. **(Lo examina.)** Verdaderamente, en el Rastro, hay de todo y tú has estado oportunísimo descubriéndolo.

ÁNGEL.- No tiene importancia... Hale, empecemos con lo del teléfono. **(Enfático, como, sí recitase un papel aprendido.)** «Patricio, ¿tú te acuerdas del número del teléfono de Sánchez Gallo?

PATRICIO.- ¿De Serafín Sánchez Gallo? Sí, hombre, es...»

(MERCEDES entra por la derecha, bellísima, con traje corto.)

MERCEDES.- **(Con destemplanza.)** ¿Por qué no entráis? Habéis dejado solo a Antonio con Águeda y con Sofía. ¿Es que os vais a quedar aquí toda la noche?

PATRICIO.- No, mujer, es que...

(Pero MERCEDES hizo mutis ya sin oír sus excusas.)

ÁNGEL.- ¿Qué le sucede?

PATRICIO.- Si he de serte sincero, no lo sé.

ÁNGEL.- ¿Vendiste las acciones de la Campsa?

PATRICIO.- Ni piso un surtidor siquiera.

ÁNGEL.- Estará celosa de otra sociedad anónima.

PATRICIO.- Si así fuese, sería sin motivo, te lo aseguro. Pero algo tiene, es indudable.

ÁNGEL.- Bien. Recomendaciones de tipo general para caer en gracia a Hernán Carrillo: Arremeter contra lo que él llama «El donjuanismo tradicional de la carrera». Los conquistadores profesionales le ponen enfermo.

PATRICIO.- Soy un converso y para mí no hay más mujer que Mercedes.

ÁNGEL.- Despreciar el golf.

PATRICIO.- Yo soy de los del frontón.

ÁNGEL.- Y el *bridge*.

PATRICIO.- Lo mío es el mus.

ÁNGEL.- La violencia.

PATRICIO.- ¿Qué pasa con la violencia?

ÁNGEL.- Por ahí se te ha creado fama de hombre violento y has de procurar desmentirla.

PATRICIO.- **(Con un arrebato de súbita cólera.)** ¿Violento yo, Ángel? ¡¡Te juro que me lleva los demonios que me calumnien!!

ÁNGEL.- Dicen que si pegaste al sastre aquel que te cortó demasiado las mangas del uniforme.

PATRICIO.- No le pegué, tú lo sabes. Le cogí por las solapas y cómo sería el tal sastrecito que me quedé con ellas en la mano.

ÁNGEL.- Bueno, cálmate. Y sobre todo, Patricio, adular, adular, adular...

PATRICIO.- Adularé vilmente la erudición, la sagacidad, la simpatía y el color de los ojos de la Eminencia Gris. Y basta. ¡Al teléfono!

ÁNGEL.- «¿Cuál es el número del teléfono de Sánchez Gallo?»

PATRICIO.- «¿De Serafín Sánchez Gallo? Sí, hombre, sí. Es el 2 22 17 23».

ÁNGEL.- «Qué bárbaro, qué memoria la tuya...»

PATRICIO.- «Mnemotecnia, Ángel, mnemotecnia. Tres doses y las últimas cifras la fecha de la paz de Utrecht».

ÁNGEL.- «¿Quién se acuerda de la paz de Utrecht, Patricio?»

PATRICIO.- «Para todo español es una fecha inolvidable».

ÁNGEL.- «Un poco patriotero me suena eso a mí».

PATRICIO.- «A veces por no pecar de patrioteritos, pecamos por falta de patriotismo».

ÁNGEL.- ¿Qué te parece la frase que te preparé? Dicho sea de paso, ¿te estudiaste el libro de la Eminencia Gris, «Paces y Tratados»?

PATRICIO.- ¿No me ves las ojeras?

ÁNGEL.- Nadie se lo ha leído en Santa Cruz.

PATRICIO.- Dicen que el linotipista se volvió neurasténico.

(Por la izquierda entran ÁGUEDA y SOFÍA. ÁGUEDA PELEGRINI, condesa de Berne, es una mujer de unos cincuenta años. Viste traje corto de noche, igual que SOFÍA, ésta mucho más joven y atractiva que aquélla. Las acompaña ANTONIO ZALDÍVAR, de *smoking*.)

ÁNGEL.- **(Contrariado porque les interrumpen.)** Vaya, se acabó el ensayo.

PATRICIO.- No nos hacía falta, créeme.

SOFÍA.- Le decía a Mercedes que qué horror el extranjero, ¿verdad?

PATRICIO.- Espantoso.

SOFÍA.- Ayer me tropecé con Mariuca Valdés, que lleva ocho años en París. Pobre, me dio pena. Temblando estarás de que te destinen fuera.

PATRICIO.- Imagínate... Eso, sí, Sofía, el deber ante todo, y si de pronto nos dijese que había que marcharse...

SOFÍA.- Ojalá tarde ese momento.

PATRICIO.- Te confesaré, confidencialmente, que estos días en los que sonó mi nombre para cierta Embajada, casi no dormía. Eran unos nervios, una zozobra...

SOFÍA.- ¿Son los nervios los que hacen que me cuelgues el teléfono?

PATRICIO.- Vas a acabar buscándome un conflicto.

SOFÍA.- ¿Porque te llamen de la Campsa?

PATRICIO.- La Campsa tiene nombre de mujer, Sofía. Puesta, a despistar, podías haberme llamado del Monopolio de Petróleos.

SOFÍA.- ¿No quieres ya nada conmigo? ¿Tan mal te fue?

PATRICIO.- No, Sofi, me fue de maravilla, pero hace mucho tiempo y las cosas han cambiado.

SOFÍA.- Yo, no, soy la misma de siempre.

PATRICIO.- Pues procura cambiar también tú, porque veo a Mercedes un poco extraña y como si sospechase algo.

SOFÍA.- Si así fuese, no me habría invitado.

PATRICIO.- Poner trampas es una de sus voluptuosidades.

SOFÍA.- Así, pues, he de resignarme a figurar en la lista de tus jubiladas, ¿no?

PATRICIO.- Pero con los cuatro quintos, Sofi.

SOFÍA.- ¿Qué broma de mal gusto es ésa?

PATRICIO.- Conservando íntegra mi amistad y mi admiración por ti.

SOFÍA.- ¿Tienes miedo a Mercedes?

PATRICIO.- Dos divisiones de tanques me escalofrían menos que una de sus miradas.

SOFÍA.- ¡Cobarde!

PATRICIO.- En O'Donnell me llamaban el matón del barrio. **(A MERCEDES que entra por la izquierda y en cuya mirada brilla un**

segundo la desconfianza.) ¿Y en esta casa no se bebe?

MERCEDES.- No nos des mala fama.

(Por la derecha aparece CLAUDIO llevando en una bandeja diversas bebidas de las que se sirven, a su gusto, los invitados.)

Óyeme, los Álvarez Rojas se excusan a última hora. ¿Nos echarían una mano los Villaamil, que son tan simpáticos?

PATRICIO.- Probémoslo...

MERCEDES.- ¿O llamamos a tía Úrsula, que la pobre se marcha el viernes a Valladolid...?

PATRICIO.- Por Dios, Mercedes, la tía Úrsula...

(Hacen mutis los dos por la izquierda. Mientras hablan ANTONIO y ÁNGEL, ÁGUEDA y SOFÍA lo hacen en primer término.)

ÁGUEDA.- **(Con aire confidencial.)** ¿Para qué es esta cena tan rara? **(Sorpresa de SOFÍA.)** Todas las cenas se organizan con algún motivo concreto; Sofía, no te hagas la inocente.

SOFÍA.- Sí, bueno, es posible; pero no sé cuál pueda ser el de ésta.

ÁGUEDA.- ¿Quiénes más vienen? Aparte de los dos solteros que nos corresponden a ti y a mí, o sea Antonio Zaldívar y Ángel...

SOFÍA.- Pues... **(Recordando.)** Hernán Carrillo...

ÁGUEDA.- Ah, ¿es que viene Hernán Carrillo? Pues, entonces, la cosa está clarísima. La comida se da en honor del Ministro y ya que no se puede contar con él en persona; se le ofrece a su Vicario. O soy tonta de solemnidad o esta comida se ha organizado para conseguir que nombren Embajador a Patricio. Ya se rumoreó que iba a Chile, pero se le anticipó Gonzalito Ocaña.

SOFÍA.- Eres muy maliciosa, Águeda. Precisamente acabo de hablar con él y me ha dicho que está contentísimo en el Ministerio.

ÁGUEDA.- ¿Tú es que te has caído de un guindo, Sofía? No le divierte nada, como a la inmensa mayoría de sus colegas. Ganan poco, trabajan más y encima sufren a los jefes. Una temporadita en el Ministerio todavía la aguantan; pero, pasados los dos años, les entra la época del celo; que es gravísima. Por eso andan excitadísimos apenas se huelen que va a haber una vacante. Alfredo Goya tiene un calendario en el que pinta de encarnado las fechas de la jubilación de sus compañeros, como si fuera el Corpus:

SOFÍA.- **(Se ríe.)** En realidad, es la Ascensión.

ÁGUEDA.- Mira, eso es gracioso. Desengáñate, Sofía, a Patricio le volvería loco ser Embajador. Y la comida de hoy es uno de los números del programa para conseguir ese objetivo... **(Acentúa el tono confidencial.)** Podemos estar seguros, por tanto, de que nos tratarán a cuerpo de rey.

PATRICIO.- **(Por la izquierda.)** Ángel, Hernán Carrillo acaba de bajar del automóvil.

ANTONIO.- ¿Qué sucede?

PATRICIO.- Ha llegado Hernán Carrillo.

ÁNGEL.- **(En voz baja.)** Suerte, todo irá viento en popa.

(Se oye sonar el timbre de la puerta. CLAUDIO cruza la escena y hace mutis por el foro.)

SOFÍA.- Águeda, qué materialista te encuentro.

ÁGUEDA.- Cada día que pasa doy más importancia a la buena mesa. Yo no me explico por qué a las invitaciones no se une el menú. Tanto detallar: en honor de Fulanito o de Menganito... No, hombre, no me diga con quién voy a sentarme. Me importa más saber lo que van a servirme.

(MERCEDES entra por la izquierda. Por el foro se oye un ruido metálico espantoso. Alarma general. PATRICIO y ÁNGEL desaparecen por el foro.)

MERCEDES.- ¿Qué es eso?

PATRICIO.- **(Reaparece.)** La armadura del recibimiento se le cayó encima al pobre Hernán.

(Mutis de ANTONIO por el foro.)

MERCEDES.- ¿Se ha hecho daño?

PATRICIO.- Confiemos que no; pero empezamos mal.

(Por el foro, entre ÁNGEL y ANTONIO, llega la Eminencia Gris. Viene poniéndoselas gafas de concha que, al parecer, se le cayeron en el percance. Luce bigote. Puede tener cualquier edad entre los cuarenta y los cincuenta y cinco años. Viste de *smoking*. En la pernera izquierda se le ha hecho un gran desgarrón.)

HERNÁN.- Buenas noches, Mercedes.

MERCEDES.- Hernán, ¿qué ha pasado?

HERNÁN.- Nada, nada... Solamente un enganchón en la pernera.

MERCEDES.- Pero, ¿cómo fue?

HERNÁN.- La armadura, que no la vi, y la lanza al caer, pues...

PATRICIO.- Con estas viejas máquinas de guerra nunca se está seguro.

ÁNGEL.- Quién lo iba a pensar... Yo creo que no se caía desde el siglo XVI.

MERCEDES.- **(A CLAUDIO.)** Pida a Carmen unos imperdibles y una aguja con hilo.

(CLAUDIO hace mutis por la derecha para complimentar la orden. A todo esto, HERNÁN se ha sentado en primer término y examina, con indudable enojo, los estragos sufridos.)

HERNÁN.- ¡Bah!... Un par de puntos y salimos del paso.

PATRICIO.- Pero ¿hay herida?

HERNÁN.- No... me refiero al *smoking*.

PATRICIO.- Ah, me habías asustado. Esa armadura es un enemigo público, Ángel.

ÁNGEL.- Se usó en la batalla de Pavía.

PATRICIO.- Sí, allí debió de ser muy útil, pero aquí...

ÁNGEL.- Lo siento.

PATRICIO.- Parece como si la casa estuviese en plan de guerra. La armadura del pasillo, la panoplia con flechas de los indios de la Guayana en el recibidor, las hachas de abordaje de pisapapeles en tu mesa... ¿No lo encuentras exagerado? ¿No convendría desmilitarizarla un poco?

ÁNGEL.- Son piezas históricas.

CLAUDIO.- **(Por la izquierda, con un pequeño cestito de costura.)** ¿Era eso lo que pedía la señora?

MERCEDES.- Sí, justo, Claudio, muchas gracias. **(Lo recoge.)** Querido Hernán: venga un segundo, si no le importa.

(Mutis por la derecha. ÁNGEL les sigue.)

ÁGUEDA.- **(A PATRICIO.)** ¿Y esta es persona de vara alta en el Ministerio?

PATRICIO.- Que te diga Antonio.

ANTONIO.- Altísima. Y con motivo, porque Hernán vale su peso en oro.

PATRICIO.- Y él en diamantes. **(Se refiere a ANTONIO.)**

ANTONIO.- **(Sencillamente.)** Patricio, no me ruborices...

PATRICIO.- Palabra de honor, Águeda.

ÁNGEL.- **(Por la izquierda.)** Todo va muy bien, Patricio. Todo va muy bien. Apenas reaparezca empezaremos nuestro programa de atracciones.

(PATRICIO le mira con recelo.)

¿Qué te pasa? ¿Desconfías de mí?

PATRICIO.- **(Sordamente.)** Ando desasosegado y con el vago temor de que vuelvas por tu antigua fama.

ÁNGEL.- **(Herido y dignísimo.)** El Ángel Enríquez que tú conociste murió hace mucho tiempo.

PATRICIO.- Ojalá no resucite y nos agüe la fiesta.

MERCEDES.- **(Por la izquierda.)** Bueno, listo.

PATRICIO.- ¿Ha habido necesidad de anestesiarle?

MERCEDES.- Le hemos puesto unos imperdibles para salir del paso.

(HERNÁN vuelve a la palestra. El roto, en efecto, ha sido disimulado con unos imperdibles.)

ÁNGEL.- A ver, a ver...

HERNÁN.- Queda muy bien.

PATRICIO.- Apenas si se nota, Director. Y con todo esto, aún no te he presentado.

HERNÁN.- Es verdad.

PATRICIO.- Águeda: Hernán Carrillo, Director de Orientación Internacional, uno de los valores más firmes de nuestra carrera. La

condesa de Berne.

HERNÁN.- Mucho gusto. ¿Qué tal Sofía?

SOFÍA.- Buenas noches, Hernán.

PATRICIO.- ¿Qué te apetece beber, querido Director? ¿Un *whisky*, un *vermouth*, una dama blanca, un daikiri?

HERNÁN.- Me es lo mismo. Si hay un poco de vodka... **(Transición. A SOFÍA.)** ¿Estabas el sábado en el *cock-tail* de los Avilés, no?

SOFÍA.- Sí, justamente.

(Siguen conversando.)

PATRICIO.- El macho ha pedido vodka.

MERCEDES.- Mala suerte, porque es lo único que no tenemos.

PATRICIO.- Pero que deberíamos haber traído.

MERCEDES.- Son bebidas del otro lado del telón de acero, Patricio.

PATRICIO.- Hay que rescatar el vodka y el caviar de manos de los infieles.

MERCEDES.- Déjame a mí. **(Recaba con un gesto la decisión de salir del paso airosamente.)** Hernán, le ofrezco algo mejor que el vodka. Un aguardiente que hacen en Ciudad Real. **(Al criado.)** Claudio, por favor.

HERNÁN.- Mercedes, no se preocupe. Beberé cualquier cosa. Hay *whisky*, ¿no? **(Él mismo se lo sirve.)** Pues, un *whisky* viene muy bien después del trabajo.

MERCEDES.- Trabaja demasiado, Hernán, se lo he dicho siempre a Patricio.

HERNÁN.- ¡Qué remedio!

PATRICIO.- Mañana, tarde y noche en su despacho. ¡Es un ejemplo para todos!

ÁNGEL.- Ser Director de Orientación Internacional es delicadísimo.

HERNÁN.- Cuando deje de serlo respiraré tranquilo.

PATRICIO.- Ojalá tarde mucho. Ese será un día de luto para la casa.

HERNÁN.- No, Patricio, no. También tiene uno derecho a descansar.

PATRICIO.- Querido Director, eres ya un esclavo de tus propios triunfos,

HERNÁN.- Triunfos, triunfos...

PATRICIO.- Sí. Y muy importantes.

HERNÁN.- Yo le dije el primer día al Ministro. Señor Ministro: mis consejos se ajustarán siempre a esta doble norma. Primero: Norteamérica es un país muy rico. Segundo: Rusia tiene una intención perversa. Y ajustado a esa falsilla llevo asesorándole va ya para tres años.

PATRICIO.- Y es verdad, una doble verdad incuestionable. La riqueza de los Estados Unidos y la malignidad rusa. **(Adulador.)** Ahora, lo que demuestra una formación, un criterio político excepcional...

HERNÁN.- ¡Bah, bah, Patricio!

PATRICIO.- Sí, sí, excepcional es el haber condensado en una frase

sencilla, pero luminosa, todo un cuerpo de doctrina. Son muy difíciles de formular las grandes síntesis.

CLAUDIO.- **(Por la izquierda.)** Los señores de Villaamil telefonan diciendo que salen en este momento.

HERNÁN.- Antes de que se me olvide. Tal vez me llamen después, Mercedes. ¿Quiere decir que me avisen?

MERCEDES.- Desde luego. Claudio, conecte aquí el teléfono.

ÁNGEL.- A propósito de teléfono, Patricio. ¿Sabes cuál es el número de...?

PATRICIO.- Pssss...

(Le da a entender que no es el momento oportuno para comenzar la exhibición. ÁNGEL se calla.)

Otra síntesis definitiva, «Paces y Tratados».

HERNÁN.- ¿Leíste mi libro?

PATRICIO.- De él aprendí cuanto sé sobre la materia. ¡Qué visión admirable de la guerra de los Treinta Años!

SOFÍA.- Pero, ¿hubo una guerra que duró treinta años?

PATRICIO.- Sí, Sofía. Y otra que duró cien.

SOFÍA.- Y aún, nos quejamos... ¡Qué salud a prueba de bomba!

HERNÁN.- Nadie dice que la acabasen los mismos que la empezaron.

PATRICIO.- **(Ríe e invita a los demás a que le coreen.)** Muy gracioso, Director, muy gracioso. **(Hace una señal a ÁNGEL para prevenirle.)** En cambio, el libro de Florencio Vigil es de una pesadez...

HERNÁN.- Pobre Vigil.

ÁNGEL.- ¿Y os habéis enterado de que se casa?

SOFÍA.- ¿Florencio? ¿Y con quién?

ÁNGEL.- Con Natalia Bermejo, que es casi una niña.

MERCEDES.- Sí, hay mucha diferencia de edad entre los dos.

ÁNGEL.- Bueno, eso importa poco. Recuerdo unos versos de Víctor Hugo: «Los dos somos, señora, vecinos de la estrella; yo, porque soy muy viejo; vos, porque sois muy bella».

PATRICIO.- **(Recita con el mejor acento posible.)** *«Tout le divin abîme, apparaît dans vos yeux, et moi, je sans le gouffre étoilé dans mon âme; nous sommes tous les deux voisins du ciel, madame, puisque vous êtes belle et puisque je suis vieux».*

(Si recitar estos versos en francés costase al actor excesivo trabajo, bastará que lo haga en español.)

ÁNGEL.- Justo. A esos me refería. ¡Qué cultura, Patricio!

SOFÍA.- Son preciosos.

HERNÁN.- ¿Es que te gusta Víctor Hugo?...

PATRICIO.- **(Un poco cortado.)** No, no...

HERNÁN.- A mí, personalmente, no me dice nada.

PATRICIO.- Claro que no. Es un envarado inaguantable.

(A todo esto, ÁNGEL se acerca al cuadro, suelta el cordón y lo hace caer con gran estrépito.)

HERNÁN.- **(Sobresaltado.)** ¡Caramba; no gana uno para sustos!

PATRICIO.- ¿Qué es lo que se ha caído ahora, Ángel?

ÁNGEL.- Pues mira, la culpa no es mía, ¿Quién colocó aquí el retrato del Virrey Laplaza?

PATRICIO.- Claudio, seguramente. No lo ha hecho muy bien que digamos. **(A HERNÁN.)** Es un retrato que Ángel encontró hace unos días en el Rastro, del Virrey Laplaza.

HERNÁN.- Ah, muy curioso...

PATRICIO.- Un lejano antepasado mío. Yo soy Arnaiz Quijano Vegadeo Laplaza. Adolfo Laplaza fue, como sabes, Virrey del Perú.

ANTONIO.- Los Laplaza en Lima tienen un prestigio enorme.

PATRICIO.- **(En voz baja.)** Así se habla.

(HERNÁN se va levantado y mira el cuadro que CLAUDIO, que entró hace un instante, se dispone a llevar de nuevo a su primitivo emplazamiento.)

HERNÁN.- Es un retrato muy bonito, pero éste no es el Virrey.

PATRICIO.- ¿No? Ahí pone al pie...

HERNÁN.- Sí, pero es otro Laplaza que mandaba la fragata «Airosa» y luchó contra Nelson en las Canarias. Es una réplica del original que está en el Museo de Marina. Lo he visto hace muy poco.

PATRICIO.- Pues yo hubiese jurado que...

HERNÁN.- Hay que andarse con precaución. En el Rastro le dan a un gato por liebre o capitán por Virrey en menos que canta un gallo.

ÁNGEL.- A propósito de gallo, Patricio, ¿tú sabes cuál es el teléfono de Serafín Sánchez Gallo?

PATRICIO.- Sí, hombre, sí. El 2 22 17 23.

ÁNGEL.- **(Con el mismo tono con que lo tenían ensayado.)** ¡Qué bárbaro, qué memoria la tuya!

PATRICIO.- Mnemotecnia, Ángel, mnemotecnia. Tres doses y las últimas cifras la fecha de la paz de Utrecht.

ÁNGEL.- ¿Quién se acuerda de la paz de Utrecht, Patricio?

(Apunta el número en su agenda.)

PATRICIO.- Para todo español ésa es una fecha inolvidable.

ÁNGEL.- Un poco patriotero me suena eso a mí.

PATRICIO.- A veces por no pecar de patrioteritos, pecamos por falta de patriotismo.

SOFÍA.- Te sobra razón, Patricio.

ÁGUEDA.- Bonita frase.

HERNÁN.- De acuerdo. Pero, oye dijiste tres doses y la fecha de la

paz de Utrecht.

PATRICIO.- Sí, claro. 22 17 23 con el dos delante, como es lógico.

HERNÁN.- Cuidado, la paz de Utrecht no fue en 1723.

PATRICIO.- **(Fulmina a ÁNGEL con la mirada.)** ¿Noooo...?

HERNÁN.- Fue en 1713.

PATRICIO.- **(Recogiendo velas.)** Ah, bueno, la paz de Utrecht con diez años más.

ÁNGEL.- Bueno, se sobrentiende.

(El comentario de ÁNGEL es bastante confuso, por lo cual se produce una pausa incómoda.)

MERCEDES.- **(Puntualiza.)** Exactamente, el 13 de julio de 1713.

(Sorpresa general.)

HERNÁN.- Justo.

MERCEDES.- Si en lugar del conde de Bergueick y el marqués de Monteleón hubiese habido un Hernán Carrillo sentado a la mesa de negociaciones, Inglaterra no se hubiese salido con la suya.

HERNÁN.- **(Visiblemente halagado.)** Qué simpática... Sí, desde luego. Nuestros representantes no fueron ni muy hábiles ni muy enérgicos.

MERCEDES.- ¡Aceptar lo que aceptaron!

HERNÁN.- Sí, Mercedes, increíble. Por cierto, veo que te conoces el tema a fondo.

MERCEDES.- **(Sencilla.)** También yo me he leído «Paces y Tratados».

(Suena el teléfono. ÁNGEL lo descuelga.)

ÁNGEL.- ¿Quién es? Ah, sí, un momento. Director...

(Y se lo pasa.)

HERNÁN.- Diga...

PATRICIO.- **(A ÁNGEL.)** Menos mal que Mercedes ha estado al quite, que si no hacemos el ridículo.

ÁNGEL.- **(Con una sonrisita extraña.)** Sí...

PATRICIO.- Del cuadrito no diré nada; pero en lo de la paz de Utrecht parece como si hubiese habido sabotaje.

ÁNGEL.- Yo te juro que consulté el Espasa y que...

PATRICIO.- El Espasa no es el Evangelio. Ahora, la paz de Utrecht se la sabe.

ÁNGEL.- Estaría obcecado cuando lo leí.

PATRICIO.- Pues ya pudiste fijarte. Por de pronto quedan suspendidas las maniobras hasta nueva orden.

ÁNGEL.- ¿Y eso por qué?

PATRICIO.- **(Siniestro.)** Porque ya viste, también, lo que ha sucedido con la armadura y con Víctor Hugo, porque hay algo en el ambiente que no me gusta y yo tengo el presentimiento de que las brujas,

que existen, se han invitado a esta casa.

(Vuelve a caerse la armadura con el mismo estrépito de antes.)

¿Qué te estoy diciendo?

MERCEDES.- **(Que se asomó por el foro.)** La armadura otra vez.

PATRICIO.- **(Levanta la voz.)** ¿Ha habido desgracias personales?

MERCEDES.- No, por Dios. **(Se asoma a la izquierda.)** ¡Claudio!

PATRICIO.- Las brujas, Ángel. Y son las diez y media, que no es su hora. ¿Qué va a ser esto a medianoche?

(HERNÁN habló por teléfono entretanto, de espaldas al espectador, y se le oyó decir escalonadamente varias veces: «Sí, sí, gracias, muchas gracias».)

HERNÁN.- Adiós, hasta mañana.

(Cuelga. Su semblante refleja un estado de espíritu tan acusado que todos se lo notan. En el ínterin, CLAUDIO entró por la izquierda y se marchó por el foro derecha.)

MERCEDES.- ¿Alguna noticia?

HERNÁN.- **(Tras un momento de vacilación.)** Pues sí...

MERCEDES.- Buena, supongo. A juzgar por la cara...

HERNÁN.- Mala no es.

PATRICIO.- ¿De qué se trata, Hernán? Nos tienes en ascuas.

HERNÁN.- Ya hay Embajador en Lima.

ÁNGEL.- **(Avanza hacia PATRICIO en tono triunfal.)** ¡Patricio...!

PATRICIO.- Calla, Ángel.

MERCEDES.- ¿Quién es el nuevo Embajador?

HERNÁN.- Pues... soy yo.

PATRICIO.- **(Repite el mismo juego de ÁNGEL. Finge, siniestramente, una gran alegría.)** ¡Ángel! ¡Qué estupendo! Enhorabuena, Hernán.

MERCEDES.- Enhorabuena.

TODOS.- Enhorabuena, enhorabuena...

PATRICIO.- **(A ANTONIO.)** Es la primera vez que no nos das tú la noticia.

ANTONIO.- Ya sé, hombre, que me había especializado en eso.

ÁNGEL.- ¡Con qué secreto lo llevabas, caramba!

HERNÁN.- Hasta que el Consejo de Ministros lo aprobase, no me parecía correcto...

PATRICIO.- Claro, claro.

CLAUDIO.- **(Por el foro.)** Los señores de Villaamil.

PATRICIO.- Estupendo, ya estamos todos. Va a ser una comida muy alegre.

HERNÁN.- ¡Qué amables, qué amables!

PATRICIO.- ¡Una de esas comidas que no se olvidan nunca!

(Reina un gran bullicio, mientras se supone que los Villaamil entran por el foro.)

OSCURO

△▽

Cuadro II

Cuando se hace la luz de nuevo han transcurrido unas horas. Ya terminó la cena. Se han ido los últimos invitados. ÁNGEL y PATRICIO comentan cuanto sucedió en su transcurso.

PATRICIO.- ¿Te acuerdas del cursi de Jacinto Navarro? Al despedirse decía siempre a la dueña de la casa, superferolítico y con mucho énfasis: «Ha sido una *soirée* muy *réussie*». Lo mismo podríamos decir de la de hoy. Organizada para ayuda de mi campaña electoral, empieza haciéndole polvo el *smoking* a la Eminencia Gris. Todos los trucos para deslumbrarle se vuelven en contra mía. Resulta que Víctor Hugo le cae antipático, que con la paz de Utrecht nos colamos, que el Virrey no es un virrey, sino contra maestre de un bote de vela, y, por último, que le llaman del Ministerio para decirle que le han nombrado a él y no a mí, Embajador en Lima. **(Le imita.)** «Ya hay Embajador en Lima». Y tú, Ángel, echando las campanas al vuelo: «Patricio, Patricio...» **(Imita a MERCEDES.)** «¿Quién es el nuevo Embajador?», **(Dándose un violento manotazo en el pecho.)** «¡Yo!!» **(Transición. Levemente, casi con un punto de afeminamiento.)** Lo dicho: una *soirée* muy *réussie*.

ÁNGEL.- **(Exculpatorio.)** Patricio...

PATRICIO.- Y para colmo, la bonita historia de las ostras.

ÁNGEL.- Sobre eso sí que no admito reproches.

PATRICIO.- ¡Cómo si no fueses tú el culpable!

ÁNGEL.- Compradas hoy mismo en París a las diez de la mañana por Paquito Lajos, embarcadas en el avión de las seis de la tarde y desembarcadas a las ocho con más hielo que en el Polo Norte. Ostras Belón, doble cero, del mejor restaurante de París. ¿Qué culpa tengo yo de que haya salido mal alguna?

(MERCEDES entra por la izquierda. Acusa los efectos de una reciente indisposición.)

PATRICIO.- **(Acude solícito a ella.)** ¿Qué, Mercedes, pasó ya?

MERCEDES.- Sí, sí, no ha sido nada.

ÁNGEL.- Yo siento muchísimo lo sucedido.

MERCEDES.- Por mí no te preocupes, Ángel. Es lo de Hernán

Carrillo lo que me inquieta, y lo de los Villaamil, que los pobres se levantaron de la cama para no deshacer la mesa y, claro, se habrán vuelto a acostar, pero con fiebre, y lo de Águeda, que ya no es una chiquilla.

ÁNGEL.- Tampoco se va a morir, caramba.

PATRICIO.- Yo te aseguro que la cara de Águeda cuando volvió del tocador, no se me olvidará nunca. Demacrada, violácea, exangüe...

ÁNGEL.- Bueno, bueno, Patricio...

PATRICIO.- (**Autoritario.**) Exangüe, Ángel, te lo digo yo. Hernán Carrillo es otra cosa y aguanta lo que le echen. La Embajada en Lima o doce ostras con cianuro potásico. Hay algo más. En estos casos, lo delicado es que el culpable de la intoxicación de sus huéspedes se intoxique también. Los Borgias se fingían indispuestos para cubrir las apariencias. Y tú, Ángel, estás como una flor.

ÁNGEL.- ¿Y qué he de hacer si mis ostras, como las tuyas, salieron buenas?

PATRICIO.- Por de pronto, llamar a casa de Águeda y preguntar si se ha fijado ya la hora del entierro.

ÁNGEL.- (A MERCEDES.) ¿Tú sabes el teléfono?

MERCEDES.- Sí. 2 22 19 14.

ÁNGEL.- ¡Qué memoria, Mercedes!

MERCEDES.- Es muy sencillo. Tres dosis y el año de la guerra europea.

(Ante el involuntario paralelo de este diálogo con el que amañaron tan desafortunadamente para el aperitivo, MERCEDES y ÁNGEL se miran un poco desconcertados. PATRICIO enrojece de cólera.)

¡Ay, Patricio, qué suspicaz eres...!

ÁNGEL.- (**Que a todo esto fue al teléfono y marcó el número en cuestión.**) Comunica.

PATRICIO.- Ángel, tú, hasta ahora, no has hecho sangre nunca. Tus despistes fueron siempre incruentos, pero tiemblo sólo de pensar que inicies una nueva fase.

MERCEDES.- Paquito Lajos, ¿es muy amigo tuyo?

ÁNGEL.- Sí, muchísimo.

MERCEDES.- ¿Antes o después que tú en el escalafón?

ÁNGEL.- Antes, antes. O sea, que nada saldría ganando si yo...

MERCEDES.- Ya, ya.

(Silencio. En el ínterin PATRICIO escribe unas señas en un sobre y mete en él una instancia que llevaba en el bolsillo.)

Bien. Y tú, empeñado en lo de tu excedencia, ¿no?

PATRICIO.- (**Muestra el sobre.**) Sí. Mañana mismo, a primera hora, quedará presentada en la Dirección de Personal.

MERCEDES.- Supongo que lo pensarás mejor.

PATRICIO.- A mí no me torea nadie. La Embajada de Chile me

correspondía por derecho propio. Y la del Perú. ¡Y las dos me las han birlado!

MERCEDES.- Tú crees que en el Ministerio se echarán a temblar cuando se enteren.

PATRICIO.- No, pero todos aquellos que tengan un mínimo de sensibilidad dirán: «Patricio Arnaiz es un hombre digno».

(Se oye sonar el timbre de la calle.)

ÁNGEL.- ¿Quién puede ser a esta hora?

(Sale a abrir. MERCEDES se asoma por la lateral derecha.)

MERCEDES.- Es Antonio Zaldívar.

PATRICIO.- Ese viene a morir a casa.

(El mismo se asoma al foro.)

ÁNGEL.- ¡Antonio!

(Entra ANTONIO seguido de ÁNGEL.)

ANTONIO.- Hola.

PATRICIO.- ¿Cómo te sientes?

ANTONIO.- Bien. Lo mío fue una cosa más ligera. **(Transición.)** Tenía miedo de que os hubieseis ido a dormir ya.

PATRICIO.- No, aquí estábamos comentando los distintos episodios de esta «*soirée tan réussie*». ¿Hay alguna novedad?

ANTONIO.- Pues sí..., y por eso he venido.

PATRICIO.- Habla, Antonio.

ANTONIO.- Como sabéis, salí con Hernán. Por cierto, nada más llegar a la esquina creí que se me moría apoyado en un árbol. El sereno dijo no sé qué de los señoritos borrachos; Hernán, entre basca y basca, le contestó una barbaridad a propósito de Cangas, de donde son casi todos, y a punto estuvo de armarse un escándalo. Por fortuna, yo aplaqué los ánimos y subimos al coche, camino de la casa de Hernán, de donde he salido justamente hace diez minutos.

PATRICIO.- Bien, ¿y qué?

MERCEDES.- ¿Cómo le has dejado?

ANTONIO.- Ah, perfectamente. En condiciones de tomar el avión de Lima mañana mismo, si le apetece. Pero por lo que vengo a veros es porque, en su casa, mientras él se bebía un vaso de leche, me ha contado algo de lo que he querido enteraros.

PATRICIO.- Dilo de una vez, Antonio.

ANTONIO.- ¿Sabéis quién va a ser el nuevo Director de Orientación Internacional?

ÁNGEL.- **(En la misma actitud del cuadro anterior.)** ¡Patricio!

PATRICIO.- **(Mira sin palabras a ÁNGEL. Contesta escuetamente a ANTONIO.)** Tú.

ANTONIO.- Exactamente. Me ha dicho que es cosa decidida por el Ministro, que se hará pública dentro de una semana y qué, por Dios, no se lo diga a nadie y guarde el mayor secreto, sobre lo cual, como podréis

comprender, le he dado toda clase de seguridades.

PATRICIO.- Antonio: me alegro de corazón, te lo aseguro. ¿A ti te interesa el puesto, supongo?

ANTONIO.- Pues sí, por qué negarlo. A mí no me conviene salir de Madrid.

PATRICIO.- Ven a mis brazos. Que sea enhorabuena.

MERCEDES.- Enhorabuena, Antonio.

ÁNGEL.- Enhorabuena.

ANTONIO.- Gracias, gracias. **(Transición.)** A continuación hemos hablado de vosotros.

PATRICIO.- ¡Ah!

ANTONIO.- Hernán ha hecho un gran elogio de Mercedes. «Es la única mujer que conozco que haya leído "Paces y Tratados"», me dijo.

MERCEDES.- ¡Vaya!

ANTONIO.- Y ha hecho otro elogio de ti.

PATRICIO.- Menos mal.

ANTONIO.- **(Pausa.)** Ha elogiado también la comida.

PATRICIO.- **(Enérgico.)** ¡Ah, eso no, Antonio!

ANTONIO.- Escúchame, Patricio, no te excites. Con sus reservas sobre las ostras.

MERCEDES.- Es lógico.

ANTONIO.- Está bastante familiarizado con esos accidentes porque, al parecer, unas setas que le sirvieron en casa de los Garcipaz en octubre, a poco le cuestan la vida.

PATRICIO.- Si es un veterano en envenenamientos...

ANTONIO.- Pero, ostras aparte, ha dicho que la comida era succulenta.

PATRICIO.- ¿Y qué más?

ÁNGEL.- Tú sabes que Patricio tiene la instancia pidiendo la excedencia, en el bolsillo.

ANTONIO.- **(Incrédulo.)** No es posible.

PATRICIO.- **(Con amargura.)** Sí, Antonio, sí. No hay nada que hacer en este país. Lo mejor es meterse en casa y que otro talle.

ANTONIO.- Pero yo supongo que comprenderás lo que significa mi paso a la Dirección de Orientación y el despacho casi diario con el Ministro, el valor de la gota de agua cayendo insistentemente mañana, tarde y noche, tu nombre como candidato a una Embajada, venga o no venga a cuento.

PATRICIO.- Te lo agradezco mucho. Es cosa decidida.

ANTONIO.- ¿Dónde está esa instancia?

MERCEDES.- En el bolsillo la lleva.

ANTONIO.- Dámela, Patricio.

PATRICIO.- Que no, hombre, que no.

ÁNGEL.- Venga, Antonio. Ayúdame, Mercedes.

(Los dos le asaltan para quitarle la instancia. PATRICIO forcejea sin demasiado entusiasmo, un poco convencionalmente.)

PATRICIO.- Dejadme en paz, caramba.

MERCEDES.- **(Triunfal.)** Aquí está la instancia.

PATRICIO.- ¿Qué queréis? ¿Que la rompa?

(Se la arrebatata a MERCEDES.)

ANTONIO.- Claro que sí.

PATRICIO.- Bueno, pues ya la he roto. **(La rompe, en efecto.)** ¿Y ahora, qué? ¿A esperar que me llueva del cielo una Embajada?

MERCEDES.- ¿Y por qué no?

PATRICIO.- ¿A husmear qué Embajador ha caído en desgracia, cuál hizo una tontería y a cuál le jubilan? ¿A entrar todas las mañanas en el Ministerio olfateando por los pasillos a ver si Fulano cambia de puesto y lo deja vacío?

ANTONIO.- **(Con energía.)** ¡No! Hay cosas muy concretas a la vista.

PATRICIO.- Habla de una vez, Antonio.

ANTONIO.- Dentro de unos meses quedará vacante Viena. Cesa Juanito Arcona por motivos de salud. Hernán Carrillo me preguntó: «¿Cómo anda el alemán de Arnaiz?»

PATRICIO.- ¿Qué le contestaste?

ANTONIO.- Lo habla como el español.

PATRICIO.- Se te fue la mano, Antonio.

ÁNGEL.- No importa.

ANTONIO.- Hay que trabajarse esa Embajada.

PATRICIO.- **(Ilusionado.)** Viena...

ANTONIO.- Adelante, Patricio.

PATRICIO.- ¡Los vales, el Danubio, Metternich!... **(Con cómico melodramatismo.)** ¡Ah, no, no quiero soñar! **(Transición. Susurra las últimas palabras.)** Pero sería maravilloso.

ANTONIO.- Lo será. Hasta mañana, Mercedes.

ÁNGEL.- Bajo a abrirte.

ANTONIO.- No te molestes, hombre, estará el sereno.

ÁNGEL.- A lo mejor, no.

MERCEDES.- Adiós, Antonio, y gracias por todo.

ANTONIO.- ¡Bah, bah!

(Y hace mutis por el foro, seguido de PATRICIO y ÁNGEL.)

MERCEDES queda sola en escena.)

PATRICIO.- **(Vuelve en seguida.)** Sí. Realmente, sería maravilloso...

MERCEDES.- Para ti, sin duda. Y para mí, ¿qué?

PATRICIO.- ¿Cómo para ti?

MERCEDES.- Sí, porque tú tendrás tu Embajada y reventarás de presunción cuando te sienten a la derecha en las mesas de cumplido. Pero a mí, ¿qué me importa todo eso?

PATRICIO.- ¿Qué dices, Mercedes?

MERCEDES.- Si tú has nacido para ser Embajador, a mí me tiene sin cuidado ser Embajadora.

PATRICIO.- ¿Qué es lo que te interesa entonces?

MERCEDES.- Mi marido, que da la casualidad de que eres tú.

PATRICIO.- **(Súbitamente serio, percatado quizá por primera vez de que no puede rehuir un análisis a fondo de su situación frente a MERCEDES.)** ¿Y no cuentas conmigo?

MERCEDES.- No.

PATRICIO.- Ya me explicarás por qué.

MERCEDES.- Desde hace mucho yo no soy sino un eco, un peón de maniobra, un confidente, si acaso, de todas tus idas y venidas, de todas tus vueltas y revueltas para lo único que te ilusiona: la Embajada.

PATRICIO.- Es mi carrera.

MERCEDES.- Antes que tu carrera de diplomático está tu carrera de marido y ésta te deja indiferente.

PATRICIO.- No ese cierto.

MERCEDES.- Sí lo es. Nunca. Nunca leíste mis cartas, ni aun de novia, con la avidez que el «Boletín Oficial»; nunca has esperado que me asomase al balcón como esperas los acuerdos del Consejo de Ministros, y el primer día que te sonreí en Valladolid te sentiste menos dichoso que cuando te sonrió Hernán Carrillo. Tu carrera de diplomático es lo único para lo que vives y si yo fuese un obstáculo a tu ascenso, me repudiarías.

PATRICIO.- Bien sabe Dios que no lo eres. Al revés, me has ayudado siempre y hoy más que nunca. Tu disertación sobre la paz de Utrecht ha dejado boquiabierto a la Eminencia Gris.

MERCEDES.- Pero a mí la paz de Utrecht me tiene sin cuidado. A mí lo que me interesa eres tú. Y tú me eres infiel, unas veces con el Ministerio y otras con mis amigas.

PATRICIO.- Caramba... ahora me atacas por un frente distinto.

MERCEDES.- Sí, el más débil de todos, Patricio. ¿Te atreverías a jurarme que no me engañaste desde que nos casamos?

PATRICIO.- ¿Por qué me haces una pregunta tan morbosa?

MERCEDES.- No te eurras y contéstame. ¿Jurarías que me fuiste fiel siempre?

PATRICIO.- **(Tras una pausa. Con sencillez.)** No lo he sido.

MERCEDES.- **(Atónita.)** ¿Ah, no?

PATRICIO.- No. ¿Querías saber la verdad? Ya la sabes.

MERCEDES.- Pero, ¿tú no has comprendido que las mujeres hacemos esas preguntas para forzaros a jurar en falso?

PATRICIO.- No. Yo he dado por supuesto que tú me la hacías, simplemente, para salir de dudas.

MERCEDES.- ¿Y de qué me vale saber la verdad cuando es tan pobre? ¿Por qué no me has respondido con una mentira bonita?

PATRICIO.- Porque me queda en reserva una verdad tan buena, tan

buena, que te quitará el mal sabor de boca. Pregúntame tú: «Patricio, ¿hay algo bajo la capa del cielo por lo que tú me cambiarías, algo que prefieras a mí, algo que pese más en tu vida que la uña de mi dedo meñique?»

MERCEDES.- Sí, me gusta la pregunta, contéstame.

PATRICIO.- Te juro solemnemente que no.

MERCEDES.- Sin jurar.

PATRICIO.- Créeme, Mercedes: tú lo eres todo para mí.

MERCEDES.- ¿Todo?

PATRICIO.- Seamos sinceros. Todo, no. Lo principal, sí.

MERCEDES.- Esta es tu noche, Patricio, la noche en que no mientes.

PATRICIO.- No te aproveches de mis debilidades.

MERCEDES.- Contéstame: ¿Tú te has acostado con Sofía?

(ÁNGEL aparece en el foro. Iba a entrar, pero dándose cuenta de que sería inoportuno hace mutis por el foro izquierda, de puntillas.)

PATRICIO.- Demonio, qué crudeza.

MERCEDES.- Déjate de comentarios: ¿sí o no?

PATRICIO.- ¿Por qué sospechas de ella?

MERCEDES.- No sé. Vosotros veis las cosas con la luz del sol. Nosotras, con la de los relámpagos. De pronto, hoy os sorprendí hablándoos y fue como un fogonazo: «Esa bruja es la Campsa», me dije.

PATRICIO.- ¡Ah! La Campsa, además...

MERCEDES.- Pero, contesta, Patricio.

PATRICIO.- Lo fue hace ya mucho.

MERCEDES.- ¿Antes de que existiese yo?

PATRICIO.- Pertenece a mi pasado. Esa zona en la que hay un cartel que dice: Prohibidos los celos.

MERCEDES.- Con su sonrisita falsa... Cuánto siento que no haya tomado las ostras.

PATRICIO.- Mercedes, no te merezco; eso es evidente. Eres mejor que yo. Yo te decepciono con mis respuestas. A mí, no me hace falta preguntarte nada. Pero independientemente de cuanto me reprochas, no sin motivo; de mi obsesión por ser Embajador y de alguna trastada a flor de piel, soy el más leal y apasionado de tus súbditos.

MERCEDES.- Leal, tú mismo lo confesaste, a medias... Y apasionado...

PATRICIO.- Ah, ¿no soy apasionado?

MERCEDES.- Desde el 2 de diciembre; Patricio, somos un matrimonio blanco.

PATRICIO.- Tampoco es para ponerse así. Que ayer fue el Día de la Madre.

MERCEDES.- Lo que nunca he sido.

PATRICIO.- Sería injusto echarme la culpa.

MERCEDES.- En eso llevas razón. **(Transición.)** Soy una mujer

sola, Patricio, y tú no quieres comprenderlo. No tengo padres ni hermanos. Sólo tía Úrsula me adora. Por eso tú eres para mí un amor de primera necesidad, y si me fallas, me muero.

PATRICIO.- No te fallaré mientras viva.

MERCEDES.- Ah, ¿después sí? (**Ella misma se ríe.**) Escúchame, Patricio: hoy tuve un sueño muy extraño. Soñé que nos dábamos un beso tan largo, tan largo, que llamaban a los guardajurados de todos los jardines del mundo, a los acomodadores de todos los cines, a los jefes de censura de todos los países y les decían señalándonos: «Cronometren ese beso y díganme si no es el beso más largo que han visto nunca».

PATRICIO.- ¿Un beso así?

(PATRICIO la besa con suficiente duración como para empalidecer un sueño.)

MERCEDES.- (**Maliciosamente.**) Mucho más largo, Patricio.

PATRICIO.- Mercedes...

(Y la besa de nuevo, no se puede saber cuánto tiempo, porque cae el TELÓN.)

△▽

Acto III

△▽

Cuadro I

Ha pasado un mes. En escena, MERCEDES y ÁNGEL. MERCEDES es y no PATRICIO, la que hoy da muestras de inquietud. Trajes de mañana. Luz de día.

MERCEDES.- Cuéntale tú, Ángel, mi impaciencia, mi nerviosidad. Me gustaría que me viese. (**Transición.**) ¿Qué crees que pasará?

ÁNGEL.- ¡Ah! Pronto lo sabremos.

MERCEDES.- Ya debería de haber vuelto.

ÁNGEL.- No tiene nada de extraño que se retrase. Habría otras visitas... De todas formas, antes de dos minutos entrará por esa puerta.

MERCEDES.- Cuando el Ministro os llama, ¿para qué suele ser?

ÁNGEL.- A veces para hacernos la Pascua. Otras para subirnos a los cuernos de la Luna. En ocasiones, la manera con que dan el recado los de Secretaría lo deja adivinar todo. Porque mala intención hay hasta decir basta. Es una pena que yo no lo haya oído.

MERCEDES.- ¿Tienes experiencia de esto?

ÁNGEL.- A mí el Ministro no me llamó más que una vez, hace años. Entonces estaba en la Secretaría Manolito Gasca, que es de abrigo. «Oye, Ángel, el Ministro, que te espera a las siete». (**Pronuncia, estas palabras con un tono a medias zumbón, a medias amenazador. Un deje levemente achulado ayudará al efecto perseguido.**) Para mí fue como si me dijese: «Ya verás la que te espera a las siete el Ministro». Y acertó, me esperaba una bronca, de padre y muy señor mío, por culpa de una

valija que se había despistado y que fue a parar a Meliá.

MERCEDES.- Yo no pude deducir nada.

ÁNGEL.- Pero, ¿a qué tantas cábalas? El Embajador de Austria viene a Madrid por razones de salud. Patricio, que está sano como una manzana, le sustituye. Y se acabó la presente historia.

MERCEDES.- ¿Por qué no telefoneamos al Ministerio, a ver si aún sigue allí?

ÁNGEL.- Bueno.

(MERCEDÉS consulta una agenda.)

MERCEDES.- Oígame..., ¿la Secretaría del señor ministro?... ¿Sabe usted si el señor Arnaiz salió ya? Véalo, haga el favor...

(Desde dentro se oye a PATRICIO cantar alegremente la famosa canción «Wien, Wien, bist du allein», o en su sustitución un vals de Strauss cualquiera. MERCEDÉS, pendiente del teléfono, tarda en oírlo breves segundos más que el espectador. ÁNGEL ha hecho mutis por el foro. Por fin, MERCEDÉS lo oye también y, sin esperar contestación, cuelga el teléfono. PATRICIO entra en escena cantando mientras ÁNGEL le sigue y MERCEDÉS ríe, un poco nerviosa, presintiendo una noticia feliz, pero sin atreverse a considerarla confirmada.)

¡Patricio, que nos tienes sin respiración!

PATRICIO.- ¡Embajador, Mercedes, Embajador!

(La toma en brazos, baila con ella, la abraza.)

ÁNGEL.- ¡Alegría, alegría!

(Coge algunos libros, algunos objetos y los tira por el aire.)

MERCEDES.- ¡Qué estupendo! Pero habla, Patricio.

ÁNGEL.- En Austria, ¿no?

PATRICIO.- Claro, ¿dónde iba a ser? **(Repite la misma canción de su entrada.)** Por fin, Ángel, después de tantos años, de tantos fracasos..., que si Turquía, que si Chile, que si Perú... ¡Viena!

MERCEDES.- Luego, ¿es cosa decidida ya?

PATRICIO.- Absolutamente, Mercedes. Juanito Arcona cesa en Austria y yo voy en su lugar.

MERCEDES.- Pero, cuenta, ¿cómo fue? Por cierto, hay que decírselo a tía Úrsula.

PATRICIO.- Calma, calma, ya habrá tiempo.

MERCEDES.- Explícalo todo, Patricio, pero muy detalladamente, con diálogo. Llegaste al despacho del Ministro, ¿y qué?

PATRICIO.- Tardó algo en recibirme porque hoy era la firma del tratado cultural con Paraguay. Estaban el Ministro y el Embajador del Paraguay rodeados de secretarios por todas partes esperando a que pusiesen la firma para lanzarse sobre ella y ver quién la secaba primero. Había fotógrafos, también, y un ambiente que le erizaba a uno el cabello. Se oían frases como éstas: «¡Qué bien firma el Ministro!... ¡Nadie ha firmado nunca como él! ¡Vaya rúbrica elegante!» ... Lobos, Ángel,

lobos... Nuestros compañeritos queriendo hacerse notar y que el Ministro les sonriera. Total, que con la ceremonia; la audiencia se retrasó cerca de un cuarto de hora y que yo entré a su despacho no a la una, sino a la una y veinte.

MERCEDES.- Bien, entraste en el despacho, ¿a qué?

PATRICIO.- ¡Qué simpático, que hombre tan simpático! Me dio la mano en seguida y me dijo: «¿Qué tal, Arnaiz, cómo está usted?» Mira que es una manera simpática de saludar.

MERCEDES.- Y tú, ¿qué le contestaste?

PATRICIO.- «Muy bien, muchas gracias. Y Su Excelencia, ¿cómo está su excelencia?»

MERCEDES.- **(Con los ojos muy abiertos.)** Ah, le hablaste de Excelencia.

PATRICIO.- Lo normal es llamarle señor Ministro, pero yo me apunté ese tanto.

MERCEDES.- Ya.

PATRICIO.- **(Trascendental.)** Y ahora viene lo bueno...

MERCEDES.- Ay, me tienes con el alma en un hilo.

PATRICIO.- Me dice el Ministro: «Por Dios, Arnaiz, nada de Excelencia»... ¡Mira que es simpático el tío!... Pero yo, erre que erre. «¿Cómo está Su Excelencia de esas anginas?» Porque ya sabéis que padece de la garganta y que faltó el jueves al Ministerio por culpa de las anginas.

MERCEDES.- Ah, no sabía.

PATRICIO.- Sí, y flemonosas, de las de garabatillo... Y me responde el Ministro: «Bah, fruta del tiempo»... Fijaos qué sencillez y qué simpatía, quitándole importancia a las anginas, como si fuesen cosa de nada.

MERCEDES.- Bueno, sigue.

PATRICIO.- Nos sentamos. Vaya, me invita a que me siente, como es natural; yo no me hubiera atrevido, ya os lo supondréis... Me invita a que me siente y... **(Se interrumpe. Con arrobos.)** Si es que es un hombre de unos detalles, de una delicadeza. ¿Qué creéis que me dice?

MERCEDES.- Pues...

PATRICIO.- «¿Fuma usted, Arnaiz?» ¡¡Y me ofrece un cigarrillo!! ¿Qué os parece?

MERCEDES.- **(Con un punto menos de entusiasmo que PATRICIO.)** Realmente...

PATRICIO.- Oye, con una campechanía, con una llaneza... **(Transición.)** Bueno. Y a la tercera chupada el tío que entra en materia sin más preámbulos.

ÁNGEL.- Ahora viene lo más interesante.

PATRICIO.- Os repito el diálogo casi palabra por palabra. Él: «Supongo que estará usted enterado de lo de Juanito Arcona». Yo, con imprecisión, vagamente: «Pues... no». Él: «Anda muy pachucho y necesita cuidarse en serio». Yo, con una expresión de sentimiento

tremenda: «¡Pobre, Juanito!» Él: «Continuará en Viena hasta la extinción del mandato del Presidente, que expira dentro de seis semanas, y regresará a Madrid a tomarse una temporada de descanso». Yo, por segunda vez: «¡Pobbre pooobre! Y él: (¿Estás bien sentada, Mercedes? ¿Me oyes, Ángel?) «He pensado en usted para reemplazarle». ¡Échale hilo a la cometa! Patricio Arnaiz, el que suscribe, de Embajador de España en Austria, para lo que ustedes gusten mandar. ¿Qué opináis de la proposición? Respuesta mía: «Mis aspiraciones no son otras que las de ser útil al país. Si cree que en Viena puedo prestarle algún servicio, cuente conmigo incondicionalmente, aunque -fijaos qué rasgo- hay muchísimos compañeros más calificados que yo para ese puesto». ¿Eh? ¿Estuve bien?

MERCEDES.- Asombroso.

PATRICIO.- Y a continuación empezamos a hablar de Francisco José, de Dollfus, del Tercer Hombre y del Prater durante *veinte minutos*.

ÁNGEL.- Menudo éxito, querido.

PATRICIO.- ¿Y a que no sabéis cómo se despidió de mí? Si es de un simpático...

MERCEDES.- Pues no sé...

PATRICIO.- Piensa un poco...

MERCEDES.- «Adiós, Arnaiz»

PATRICIO.- No.

MERCEDES.- «Espero que nos veamos pronto».

PATRICIO.- ¡Qué va!

ÁNGEL.- «A la paz de Dios».

PATRICIO.- No, hombre. Eso, el Ministro de Agricultura.

ÁNGEL.- Nos rendimos. ¿Qué te dijo?

PATRICIO.- «Hasta la vista, Arnaiz». ¡Qué simpático!

ÁNGEL.- Pues la verdad, Patricio, no es por decepcionarte, pero a mí no me parece, así, una despedida muy excepcional.

PATRICIO.- «Hasta la vista», en alemán. ¿Entendéis? «*Auf Wiedersehen*, Arnaiz».

(Pronúnciese «auffidersen».)

ÁNGEL.- Ah, eso es otra cosa. Oye, y en la Secretaría, ¿qué? ¿Caras largas?

PATRICIO.- Las de reglamento.

ÁNGEL.- Esto hay que mojarlo ahora mismo.

(Inicia el mutis por la izquierda.)

PATRICIO.- Hay que mojar muchas sosas más. **(Le coge del brazo.)** Porque yo, sin ti, no voy a ninguna parte.

ÁNGEL.- He llegado a acomplejarme un poco. Soy un metepatas terrible.

PATRICIO.- ¡Bah, bah!

ÁNGEL.- Eso sí. **(Le remeda.)** «Si el señor Embajador cree que en

Viena puedo prestarle algún servicio...»

PATRICIO.- ¡Ángel querido!

ÁNGEL.- ¡Patricio!

(Se abrazan. ÁNGEL hace mutis por la izquierda.)

PATRICIO.- ¡Embajadores, Mercedes!

MERCEDES.- Me lo has dicho con el mismo tono de «al fin solos».

PATRICIO.- Los dos triunfos de mi vida: tú y la Embajada.

MERCEDES.- ¿Cuántos años llevas de diplomático?

PATRICIO.- Veintidós.

MERCEDES.- ¿Y de casado?

PATRICIO.- **(Se ríe.)** Los mismos qué tú: nueve.

MERCEDES.- Óyeme, ¿cómo se llama eso que se tiene en las Embajadas...? Beneficio de algo.

PATRICIO.- Beneficio de extraterritorialidad.

MERCEDES.- Eso quiere decir que, para todos los efectos, la Embajada es como si fuese España.

PATRICIO.- Justo.

MERCEDES.- O sea, que, por ejemplo, los que se refugian allí es como si entrasen en España, los que nacen allí es como si naciesen en... territorio español, ¿no?

PATRICIO.- Pues claro..., ¿por qué me lo preguntas? **(De pasada, sin darle la menor importancia, en tono de broma.)** A estas alturas no iremos a tener un niño en Viena...

ÁNGEL.- **(Regresa con una botella de champagne.)** He dicho que hay que mojarlo, y uniendo la acción a la palabra...

(CLAUDIO aparece a continuación con una bandeja con tres copas.

ÁNGEL se dispone a descorchar la botella. Suena el timbre de la puerta.)

Abra, Claudio, que llaman.

(Mutis de CLAUDIO por el foro.)

PATRICIO.- Tal vez sea Antonio, que me prometió venir.

MERCEDES.- Aguarda, entonces. Porque a Antonio se le debe todo. ¿Es verdad o no, Patricio?

PATRICIO.- Una verdad como un templo. Taciturno, pesimista, pero el hombre de más talento que anda por Santa Cruz y un amigo de primer orden. Sí, señor.

ÁNGEL.- **(Se asoma por el foro.)** ¡Antonio! Ven enseguida.

(Entra ANTONIO con traje de mañana, un poco más sonriente de lo habitual.)

ANTONIO.- Hola, hola.

MERCEDES.- De ti hablábamos.

ÁNGEL.- Se te esperaba para abrir la botella.

ANTONIO.- ¿Qué? ¿Fue bien la entrevista?

PATRICIO.- Ni soñada. Dentro de mes y medio en Viena.

ANTONIO.- Eso, eso es lo pensado.

PATRICIO.- Gracias de todo corazón, Antonio.

ANTONIO.- A mí no, al Ministro.

ÁNGEL.- Y para conmemorar tan fausto acontecimiento...
(Descorcha la botella, ojalá con ruido. Sirve a todos copiosamente.)
¡A la salud de los nuevos Embajadores!

PATRICIO.- ¡A la salud del Director de Orientación Internacional!

ANTONIO.- ¡A la salud del Ministro, que es decisiva!

MERCEDES.- Hombre, está sano y fuerte, gracias a Dios.

ANTONIO.- Los ministros se mueren dos veces. Una, físicamente, como todos; otra, políticamente, cuando dimiten.

PATRICIO.- **(Se le atraganta el champagne. Con la risa del conejo.)** Sí, claro.

ÁNGEL.- **(Con el loable propósito de que el malestar producido por las palabras de ANTONIO se desvanezca.)** Bueno, no olvidemos a los humildes. A la salud del primer secretario en Viena.

ANTONIO.- ¿Ah, sí? Me parece magnífico.

(Todos beben con alegría. Sólo a PATRICIO le han amargado el brindis. Mientras ANTONIO felicita a ÁNGEL, MERCEDES se acerca a PATRICIO, en primer término.)

ÁNGEL.- Ayúdame, Antonio.

(Lo lleva a segundo término, junto a la gramola.)

MERCEDES.- **(Confidencialmente.)** ¿Qué te pasa?

PATRICIO.- Esa alusión de Antonio a la crisis... Voy a enfermar del corazón en estos dos meses.

(Suena en la gramola, a gran orquesta, un vals vienés.)

MERCEDES.- ¿Qué es eso...? Ah, un vals..., ¡qué oportuno!

ANTONIO.- **(A todos.)** ¡Prosit!

PATRICIO.- **(Mordiéndolo las palabras.)** Sí, hijo, sí, ¡prosit! ¡Pero me has hecho polvo!

OSCURO

△▽

Cuadro II

Al hacerse la luz, CLAUDIO entra por la izquierda y ÁNGEL por el foro. ÁNGEL llega de la calle. Trae en la mano unos periódicos franceses.

ÁNGEL.- Claudio: ¿se levantó el señor?

CLAUDIO.- En este momento.

ÁNGEL.- ¿Vino el médico?

CLAUDIO.- No. Tampoco creo que le hayan avisado.

ÁNGEL.- ¿Y la señora?

CLAUDIO.- Estaba con el señor. ¿Quiere que le diga algo?

ÁNGEL.- No, no, déjela.

(Se sienta y se dispone a leer «Le Figaro». CLAUDIO se marcha por la izquierda.)

MERCEDES.- **(Por la derecha.)** Hola, Ángel.

ÁNGEL.- ¿Qué tal, Mercedes? ¿Cómo va Patricio?

MERCEDES.- Deshecho, el pobre.

ÁNGEL.- Ya me lo imagino.

MERCEDES.- Ha sido algo tan terrible..., tan imprevisto.

ÁNGEL.- Mujer, tan imprevisto, no me atrevería a decir.

MERCEDES.- Sí, Ángel, sí, ¿a quién iba a ocurrírsele?

ÁNGEL.- Se hablaba desde hacía tiempo.

MERCEDES.- Siempre se habla, y si cada vez que se hablase fuese con motivo, imagínate...

ÁNGEL.- Tienes razón. Sólo que, alguna vez había de ser.

MERCEDES.- Pero no ahora.

ÁNGEL.- Es un caso de fatalidad.

MERCEDES.- Y que además le haya ido a tocar la china precisamente al Ministro nuestro...

ÁNGEL.- Calla, calla...

MERCEDES.- Y todo por cuestión de días, ¿no?

ÁNGEL.- O de semanas, es igual.

MERCEDES.- ¿Y se trata ya de una cosa decidida?

ÁNGEL.- Sí, sí, los periódicos extranjeros lo publican, y hoy estaban recogiendo papeles en Santa Cruz.

MERCEDES.- ¿Y quién le sustituye?

ÁNGEL.- Secundino Galiano, dicen. Pero cualquiera sabe...

MERCEDES.- ¿Lo conocéis?

ÁNGEL.- Yo, no. Y Patricio me parece que tampoco.

MERCEDES.- Que no respetará los compromisos de su predecesor...

ÁNGEL.- ¿Para qué vamos a engañarnos? En fin... hay que armarse de paciencia.

MERCEDES.- Sí, Ángel, sí.

(Por la derecha entra PATRICIO. Bata. Ojeras como si de verdad hubiese leído «Pactos y Tratados». Aire cejijunto, amargado, pesimista de presuicidio. Larga pausa. PATRICIO va a sentarse en el sofá, desfalleciente, como si llevase varios días a dieta.)

PATRICIO.- Hola.

ÁNGEL.- **(En el mismo tono.)** Hola. **(Nueva pausa.)** ¿Tienes fiebre?

(Silencio general.)

MERCEDES.- **(Le pone una mano en la frente.)** No, eso no.

PATRICIO.- **(Tras una nueva pausa. Habla con extraña mansedumbre.)** Yo, es que a veces me digo a mí mismo: ¿Es que lo que pretendo es algo contranatural? El que yo aspire a ser Embajador, ¿es tan absurdo como si Frank Sinatra; pongo por ejemplo, quisiera ser notario de Jaén? ¿Es igualmente difícil para mí ser Embajador o almirante de la VI Flota del Mediterráneo? Si me hubiese propuesto cantar «Aida» en el Liceo de Barcelona, ¿me habría costado más de lo que me está costando ser Embajador? No, es evidente que no. Pues, si soy diplomático de carrera y con una hoja de servicios impecable, y veintidós años en el cuerpo, y el puesto de Embajador esta escrito en el escalafón con todas sus letras y existe, ¿qué es lo que me pasa a mí que no lo consigo ser? **(Se incorpora, y sin avivar el ritmo de su recitado, pero acentuando, eso, sí, su patetismo, impreca al Cielo.)** ¿Qué he hecho yo, Señor, para que todo se vuelva en contra mía? ¿Por qué se me condena a mí tan duramente y para José Luis Echeverri, y Gonzalo Ocaña, y Hernán Carrillo y otros muchos, que sentimos no recordar, ancha es Castilla? ¿Por qué, por qué, Dios de los Ejércitos?

(Se deja caer de nuevo vencido, anonadado, en el sofá.)

ÁNGEL.- Tal vez nos dejamos llevar de la alegría prematuramente.

PATRICIO.- Sí, eso desde luego.

MERCEDES.- Era natural... ¿Quién pensaba entonces en la crisis?

PATRICIO.- Ojo: hubo uno que pensó.

MERCEDES.- Antonio.

PATRICIO.- Exacto. Él, con su clarividencia y su gafancia, a partes iguales, justo ahí donde estás tú, me amargó un *Moet Chandon* del 35 que no se lo saltaba un galgo. Yo tuve entonces el presentimiento terrible de que la crisis le impediría al Ministro cumplir su promesa. Y así fue.

ÁNGEL.- Bien lo habrá sentido el Ministro, como es lógico.

PATRICIO.- Sí, eso no lo pongo en duda y deduzco cuál será su estado de ánimo, viendo el mío.

ÁNGEL.- Tú sabes que un médico de París, un tal *Monsieur* Paul Malaplate, ha estudiado los fenómenos que producen las crisis en el organismo humano. Ah, es un libro muy curioso. Al parecer, el acto de dimitir es de los que más perturban la presión arterial, y en la ceremonia de la toma de posesión, el Ministro saliente pierde entre los seiscientos gramos y el kilo y medio. Claro que él se refiere a los Ministros franceses.

PATRICIO.- En eso, el cambio está a la par, querido.

ÁNGEL.- Lo de ser Ministro es como una obsesión. Y cuando cesan, algunos reaccionan extrañamente, se vuelven histéricos, protestan, como si les quitasen algo suyo. El marqués de Layún, desde que dejó de ser Ministro de justicia, se negó a pasar por la calle Ancha, y eso que vivía

en la Cuesta de Santo Domingo, y don Roberto Agudo, que lo fue de Industria, se empeñó en seguir publicando Decretos por su cuenta, como si tal cosa, y tuvieron que prohibirle la entrada en el «Boletín Oficial», porque armaba unos escándalos espantosos.

PATRICIO.- No te rías, Ángel, yo me pongo en su caso y lo comprendo.

(Suenan simultáneamente el teléfono y el timbre de la calle.)

ÁNGEL.- **(Coge el teléfono. Mientras habla, CLAUDIO sale por la lateral de su mutis y se marcha por el foro.)** Dígame. Sí; ésta es la casa del señor Enríquez. No, don Antonio Zaldívar no está. No, señor; le repito a usted que no está. Pero, óigame, ¿no entiende usted el castellano? ¡El señor Zaldívar no está aquí! **(Y cuelga.)** ¡Vamos..., es el colmo, y aún se atreven a levantarme la voz!

MERCEDES.- ¿Quién era?

ÁNGEL.- No lo ha dicho.

CLAUDIO.- **(Por el foro.)** El señor Zaldívar.

ÁNGEL.- Anda... La he hecho buena.

PATRICIO.- Ah no, a mí no me coge vivo. Recíbidle vosotros.

MERCEDES.- Pero, Patricio...

PATRICIO.- Le he tomado miedo. ¿Qué quieres que le haga?

MERCEDES.- No exageres.

PATRICIO.- Sobre todo, ¿es que no me entendéis? ¡No quiero ver a nadie y voy a encerrarme en mi cuarto!

(Y hace mutis airadamente por la derecha. Dentro, se oye un portazo.)

ÁNGEL.- **(Por el foro.)** Antonio, por Dios, ¿qué haces ahí? ¿Cómo no entras... ?

(CLAUDIO vuelve a marcharse a sus bases.)

ANTONIO.- **(Por el foro. Un punto, sólo un punto más sonriente de lo ordinario en él.)** Buenos días, Mercedes.

MERCEDES.- ¿Qué hay, Antonio?

ANTONIO.- Hola, Ángel.

ÁNGEL.- Encantado de verte. Y por cierto, acaban de llamar por teléfono preguntando si estabas aquí.

ANTONIO.- ¿Quién?

ÁNGEL.- Pues... no sé.

ANTONIO.- Ojo, Ángel. Si vuelven a preguntar por mí, que no estoy.

(Suenan de nuevo el teléfono.)

ÁNGEL.- Avisaré a Claudio. Dígame. Sí, es la casa del señor Enríquez. ¿De parte de quién, me hace el favor? ¿De la Agencia Efe? ¿Y qué es lo que desea? No, hombre, no, aquí no hay ningún Ministro... **(Y cuelga.)** Si lo hubiera no estaríamos como estamos...

ANTONIO.- **(Se ríe con cierta timidez, muy divertido de la sorpresa que va a darles.)** Sí lo hay, Ángel, sí lo hay.

ÁNGEL.- **(Sin entenderle y con aire de absoluta inocencia.)**
¿Cómo?

ANTONIO.- Que la Agencia Efe va bien orientada, hombre.

ÁNGEL.- ¿Por qué no te explicas de una vez?

ANTONIO.- Si está muy claro...

(El teléfono suena de nuevo.)

ÁNGEL.- ¿Quién es?... Ah, la Agencia Efe... ¿Por quién pregunta?
¿Por don Antonio Zaldívar?

(ANTONIO con el dedo hace gestos negativos.)

No, el señor Zaldívar no se encuentra aquí. ¿Que si yo sé cuándo jura?...
¿Cuándo jura el qué?... No, no sé nada. **(Ha pronunciado estas últimas palabras con el estupor consiguiente. La despedida equivale casi a un desmayo.)** Adiós.

ANTONIO.- Sí, Ángel, sí...

MERCEDES.- Pero, ¿es que soñamos o que nos estás gastando una broma?

ANTONIO.- No, Mercedes, no. Juro mañana.

ÁNGEL.- ¿Es posible? ¿Como Ministro de...?

ANTONIO.- Pues claro. ¿Dé quién si no? ¿De Marina?

MERCEDES.- Déjame que te bese la primera, Antonio.

(Lo hace, en efecto, en las dos mejillas, muy efusivamente.)

ANTONIO.- Gracias, Mercedes.

ÁNGEL.- Ministro de mi alma,

ANTONIO.- A mis brazos, Ángel.

(Se abrazan con grandes extremos de cordialidad. ÁNGEL casi ha perdido la respiración.)

ÁNGEL.- Voy a decírselo a Patricio.

ANTONIO.- ¿Le pasa algo?

ÁNGEL.- No..., el hígado, lo de siempre.

(Hace mutis por la derecha. Se oye a ÁNGEL aporrearla puerta de PATRICIO.)

¡Patricio! ¡Patricio!

ANTONIO.- Dejadle, se habrá dormido.

MERCEDES.- Pues sí que la noticia no vale la pena de que le despierten.

ÁNGEL.- **(Desde dentro.)** ¡Patricio! ¡Patricio! ¡Que está Antonio!
(Pausa.) ¡¡Patricio!! ¡Que jura mañana!

PATRICIO.- **(Dentro.)** ¡Dile que yo estoy jurando desde ayer!

ÁNGEL.- ¡Patricio, ábreme o tiro la puerta!

ANTONIO.- **(Se ríe muy eufórico.)** Pobre hombre...

MERCEDES.- Todos nos sentimos felices, Antonio.

ANTONIO.- Ya lo sé, Mercedes. Y he venido a que os enteraseis por mí antes que por nadie.

MERCEDES.- Te lo agradecemos muchísimo.

(Se dispone a buscar a CLAUDIO por la izquierda, pero, cuando está a punto de llamarle, PATRICIO se presenta por la derecha. Queda encomendado al arte del actor la manera de hacer esta entrada.

Viste, desde luego, la misma bata del comienzo del cuadro.)

PATRICIO.- **(Casi sin modular.)** ¿Es cierto... lo que me ha dicho... Ángel?

ANTONIO.- Sí, señor Embajador, sí.

(PATRICIO, sin palabras, le abraza, pero de la emoción se desvanece. ANTONIO tarda unos segundos en darse cuenta de que no es sólo el afecto, sino el mareo, lo que le hace prolongar el abrazo. Mejor dicho, es MERCEDES quien antes que nadie lo advierte.)

MERCEDES.- Patricio, Patricio. ¿Qué te sucede?

ANTONIO.- Pero, hombre...

(Y se desprende de él cuidadosamente y lo deposita en el sofá.)

MERCEDES.- Patricio, Patricio...

ÁNGEL.- **(Por la derecha.)** ¡Claudio, traiga en seguida un poco de coñac!

(Vuelve a reunirse con los demás.)

MERCEDES.- ¡Patricio! **(Le palmorea con cariñosa intensidad en ambas mejillas. A ANTONIO.)** Lleva una temporada muy débil...

ÁNGEL.- Y que es un amigo como hay pocos.

(PATRICIO da señales de franca, aunque todavía débil recuperación.)

MERCEDES.- Vamos, ¿qué ha sido eso?

ANTONIO.- ¿Te encuentras mejor?

(CLAUDIO llega por la derecha con el coñac y una copa. MERCEDES se la da a beber. PATRICIO la sorbe con el aire de un convaleciente.)

PATRICIO.- Sí... Sí, mucho mejor.

MERCEDES.- Animo, caramba.

PATRICIO.- Si ya me... he repuesto... Perdonadme... Es que la noticia se las trae, ¿eh? Y yo no estaba preparado para una emoción tan fuerte... Pero... ahora... que me he recobrado... **(Se incorpora.)** Quiero ser el primero... en beber a la salud de... Su Excelencia.

(Y, en efecto, se dispone a hacerlo, pero de nuevo parece que van a faltarle las fuerzas. Como se tambalea levemente, se produce un movimiento de general alarma que PATRICIO corta.)

MERCEDES.- ¡Siéntate!

PATRICIO.- ¡Tranquilidad! No pasa nada. La ocasión es lo bastante solemne como para que me ponga en pie, pase lo que pase. Lo dicho: a la

salud de Su Excelencia.

ANTONIO.- Más bien a la tuya, Patricio, que bien lo necesitas. El clima de Austria es muy duro.

PATRICIO.- **(Después de apurar la copa. Mira a lo alto.)** Gracias, Señor. Siempre oí decir que aprietas, pero no ahogas.

OSCURO

△

Cuadro III

El mismo decorado. Sobre los muebles, los espejos y los cuadros, paños blancos y fundas. En el momento de levantarse el telón, dos hombres cruzan llevándose un baúl por el foro, de izquierda a derecha. En primer término se ven ocho o diez maletas de diversas formas y medidas, pero todas muy viajadas y elegantes.

MERCEDES, elegantísima, con abrigo y sombrero, habla por teléfono.

MERCEDES.- Estáte tranquila, tía Úrsula. Yo te prometo que desde el aeropuerto de Viena te pondré un telegrama. Sí; son unos aviones muy nuevos, tía Úrsula. Claro, claro, de los de hélices, no de los otros, qué locura... Y vuelan muy bajo..., y en Austria, como es muy llana, aterrizan en cualquier parte... O sea, que no te preocupes... Pero si en avión viajan hasta las monjitas. No, no, no sólo las monjitas extranjeras, sino las de Valladolid inclusive.

PATRICIO.- **(Desde dentro.)** ¿Y mi bicornio?

MERCEDES.- Sí, sí, llevo la medallita, que es preciosa y que no tenías por qué habérmela regalado.

PATRICIO.- **(Entra por la izquierda con abrigo y bufanda.)** ¿Y mi bicornio? ¿Dónde está mi bicornio?

(Busca destempladamente entre el equipaje sin dar con él.)

MERCEDES.- Espera, tía Úrsula. ¿Qué te pasa, Patricio?

PATRICIO.- Que no querrás que presente cartas credenciales de uniforme y con chistera.

(Hace mutis por la derecha.)

MERCEDES.- Aguarda, hombre, ahora te lo busco. **(Al teléfono.)** Tía Úrsula... Nada, que Patricio está nerviosísimo porque no encuentra el sombrero... Sí, ya te contaré cuando vaya a la Ópera... ¿Y por qué va a darme miedo cuando me hablen en alemán? Yo les contestaré en español, y tan ancha.

PATRICIO.- **(Por la derecha.)** Acabaremos perdiendo el avión por despedirnos de tita Úrsula.

MERCEDES.- Patricio te manda muchos besos. (**Tierna, con mucho misterio.**) Oye... te tendré al corriente de todo. Y gracias por tu otro regalo. Adiós, tía Úrsula, adiós.

(Cuelga.)

PATRICIO.- Venga de hablar con Valladolid, venga de enriquecer a la Telefónica... y el bicornio sin aparecer.

CLAUDIO.- (**Con gabardina.**) Aquí está, señor Embajador.

(Le muestra el estuche en cartón con la forma del bicornio.)

PATRICIO.- ¿Dónde lo habían metido?

CLAUDIO.- En la despensa.

PATRICIO.- Esto es lo que se llama una casa bien organizada. Cada cosa en su sitio y el bicornio en la despensa.

MERCEDES.- Ay, hijo..., no creas tú que es tan fácil encontrar sitio para los bicornios, en una casa de las de ahora y sin perchero.

PATRICIO.- Bien.

(Han aparecido los dos hombres que se llevaron el baúl al comienzo del cuadro y se disponen a recoger el equipaje.)

Llévense esas maletas. ¡Y cuidado con el espadín!

(Hay, en efecto, envuelto en su correspondiente funda, un espadín entre el equipaje. CLAUDIO ha hecho mutis después de dejar el bicornio sobre las maletas.)

MERCEDES.- ¿Va en el avión o lo mandas por tren con el servicio?

PATRICIO.- Si te parece lo llevaré puesto.

ÁNGEL.- (**Entra por el foro derecha. Trae abrigo al brazo. A los dos mozos.**) Aguarden un instante, que falta una maleta mía.

(Los dos mozos aguardan, en efecto, que traigan la maleta de ÁNGEL.)

¿Ya estáis listos? Bueno, más vale ir sin prisa. Nos tomaremos una copa en el aeropuerto.

(Y hace mutis por la izquierda.)

PATRICIO.- Por poco que sepas de lo que cuesta el exceso de equipaje, supongo que se te alcanzará que con lo que voy a pagar por esto, veranea una familia en Benidorm.

MERCEDES.- ¡Huy, Patricio, me parece que con los años te vas haciendo tacañito!

PATRICIO.- Preciosa respuesta.

(CLAUDIO sale por la izquierda con un coche de niño embalado de manera bastante elemental y lo coloca sobre las otras dos maletas. ÁNGEL, simultáneamente, aparece de nuevo con la suya y la carga, también, sobre las demás.)

MERCEDES.- (**Temerosa de que el coche se estropee.**) ¡Cuidado!

PATRICIO.- Y ese cochecito de niño, ¿qué significa?

MERCEDES.- Ay, Patricio, un regalo de tía Úrsula. (A CLAUDIO.) Pero no corre prisa, Claudio. Que vaya por tren.

CLAUDIO.- Sí, señora Embajadora.

PATRICIO.- Un momento. (A MERCEDES.) ¿Y me quieres decir para qué demonios nos hace falta llevar a Viena un cochecito de niño?

MERCEDES.- Porque cuando dé a luz en julio lo necesitaremos.

PATRICIO.- (**Irritado.**) ¿Y qué es eso de que vas a dar a luz en julio?

MERCEDES.- No sé cómo quieres que te lo explique.

PATRICIO.- Para dar a luz en julio, sería menester que estuvieras esperando.

MERCEDES.- Y esperando estoy desde hace dos meses.

PATRICIO.- ¿Y te parece bonito que yo me entere de que voy a ser padre al mismo tiempo que el mozo de cuerda, que el portero, que Claudio y que Ángel, y a punto de salir en avión para Viena?

MERCEDES.- Culpa mía no es. Yo bien quise decírtelo cuando empezó la cosa y te pregunté lo de la extra... extrate...

ÁNGEL.- Extraterritorialidad.

MERCEDES.- Gracias, Ángel, es una palabra tan difícil...

PATRICIO.- (**En el colmo de la excitación.**) Bueno... ¡es el colmo! (**Se encara con el mozo y el portero, que sonríen beatíficamente.**) Y a ustedes, ¿qué se les ha perdido en esta escena de familia? ¡Venga, llévense las maletas!

(**Cogen algunas maletas y se van por la derecha.**)

ÁNGEL.- Pero, Embajador, alégrate, caramba. ¡Vas a ser padre!

PATRICIO.- (**Reacciona. Se arrepiente de haberse dejado dominar por su conocido mal genio.**) Sí, claro... voy a ser padre... Mercedes... (**La abraza tiernamente, conmovido a pesar suyo.**) ¡Eh! (**Al mozo que vuelve para llevarse dos maletas.**) ¡Tome! (**Tira de cartera y saca de ella veinte duros.**)

ÁNGEL.- Yo tengo cambio, Embajador.

PATRICIO.- ¿Quién piensa en cambios? ¡Tome! (**Le da otro billete al portero. Bromeando.**) Y cuidado con el coche. Me responde usted con la vida.

(**Mutis de CLAUDIO.**)

ÁNGEL.- ¡Bravo, bravo! ¿Cómo le llamaréis?

PATRICIO.- Caramba; aún no he tenido tiempo de pensarlo.

(**Suena el teléfono.**)

ÁNGEL.- Dígame... Sí, soy yo... ¿Qué tal, Águeda?... Nada, ¿qué nos va a pasar? Ahora salimos para el aeropuerto.... (**Espantado.**) ¿Cómo dices?

(**Se sienta, a punto de desvanecerse.**)

MERCEDES.- ¿Qué te sucede?

ÁNGEL.- (**Casi sin respiración.**) Águeda, que... (**Al teléfono.**) ha de

haber un error. Gracias, Águeda. Hasta luego. **(Saca los billetes de avión del bolsillo y se pone a mirarlos nerviosamente.)** Debe estar equivocada..., tengo la seguridad de que está equivocada...

(PATRICIO va a interpelar a ÁNGEL, pero ANTONIO ZALDÍVAR, que aparece por la derecha, se lo impide. Viene también con abrigo.)

PATRICIO.- ¡Ministro!... ¡Qué sorpresa!

ANTONIO.- Pero, ¿qué os ha sucedido?

PATRICIO.- ¿A nosotros?

ANTONIO.- ¿No os ibais en el avión de las cinco?

PATRICIO.- No, no. En el de las siete. Vaya, en el de las siete y veinte.

ANTONIO.- ¿No vais directos a Viena?

PATRICIO.- Con escala en Zúrich.

ANTONIO.- Pues, entonces... Estaba en el aeropuerto despidiendo a mi colega colombiano y me encuentro a Águeda que había ido a decirnos adiós, extrañadísima de no veros. Os habían llamado por los altavoces sin que apareciérais y al teléfono que comunicaba. Yo he subido al reconocer vuestro coche en la puerta y por si os pasaba algo.

ÁNGEL.- **(Con una actitud heroica.)** ¡Que no se culpe a nadie! Esta vez, Patricio, te doy la razón. Soy una calamidad.

PATRICIO.- **(Silbante.)** ¿Y por qué, querido?

ÁNGEL.- Los billetes dicen las diecisiete horas. Yo me he obcecado y he leído las siete. Esto es todo. Me entrego.

(ANTONIO se ríe.)

ANTONIO.- Pero, Ángel...

PATRICIO.- O sea, que el avión salió, naturalmente, a las cinco; vaya, a las diecisiete y veinte.

ÁNGEL.- Es posible.

PATRICIO.- Pues... muy bien. Supongo que habremos perdido los pasajes y que como no hay otro vuelo hasta el martes y hoy es sábado, tendremos que quedarnos en Madrid tres días más y sin muchachas, porque no es cosa de que ellas pierdan el tren, como nosotros hemos perdido el avión.

ÁNGEL.- Sí, señor. Una catástrofe sin atenuantes. **(Con cierto involuntario énfasis.)** Y el responsable soy yo.

PATRICIO.- Bien está que te confieses culpable, pero ya es más grave que empieces a presumir de serlo.

ANTONIO.- **(Conciliador.)** Calma. No es muy cómodo que os hayáis quedado en tierra. Ahora, si os divierte, yo estoy libre por casualidad esta noche y podemos cenar juntos.

ÁNGEL.- Pagando yo.

PATRICIO.- Como te remuerde la conciencia...

ANTONIO.- ¿Conforme?

PATRICIO.- Conforme. Por cierto. Ministro, que con esta broma

tardaré tres días más en llegar a mi puesto.

ANTONIO.- ¡Si vieres cuántos te lo envidian!

PATRICIO.- Supongo que me lo dejarán saborear tranquilo.

ANTONIO.- Claro que sí, hombre. Salvo que...

PATRICIO.- Salvo, ¿qué?

ANTONIO.- Salvo que declarásemos la guerra a Austria.

PATRICIO.- Pero eso es muy poco probable, ¿verdad?

ANTONIO.- En efecto, Patricio, muy poco.

PATRICIO.- ¡Ay, Ministro, lo que me descansa oírte!

ANTONIO.- **(Se ríe.)** Hasta luego, ¿no?

PATRICIO.- Hasta luego.

ANTONIO.- Adiós, Mercedes.

MERCEDES.- Adiós, Ministro.

(Todos, menos MERCEDES, inician el mutis.)

PATRICIO.- **(A ÁNGEL.)** De los billetes del martes me ocuparé yo, con tu permiso.

ÁNGEL.- Te complaces en humillarme.

(Se van por el foro. MERCEDES empieza a vaciar el bolso de mano.

PATRICIO vuelve.)

PATRICIO.- Será mejor que no estés tanto de pie.

MERCEDES.- Si me conviene. Y dime, ¿has pensado ya qué nombre le daremos a nuestro hijo?

PATRICIO.- Claro que sí. Patricio o Mercedes, ¿quién lo duda?

MERCEDES.- ¿Y no se te ocurre lo que será?

PATRICIO.- Ah, en cuanto a eso... ya es más difícil la respuesta.

MERCEDES.- Te lo voy a decir yo. Diplomático, si es hombre, y si no lo es, mujer de diplomático. Nada hay mejor en el mundo.

PATRICIO.- **(Envanecido.)** Pintan bien las cosas últimamente. Ya me han hecho justicia en el Ministerio. Al fin empiezan a hacérmela en casa.

(Y se abrazan mientras cae el TELÓN)

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo